



LA
ILUSTRACION.

DIRECTOR Y PROPIETARIO
D. Angel Fernandez de los Rios.
TOMO IV.
ADORNADO CON 800 GRABADOS.

1852.

Enero, Febrero, Marzo, Abril, Mayo, Junio, Julio, Agosto, Setiembre,
Octubre, Noviembre y Diciembre.

MADRID.

IMPRESA DEL SEMANARIO PINTORESCO Y DE LA ILUSTRACION, A CARGO
DE ALHAMBRA, JACOMETREZO, 26.

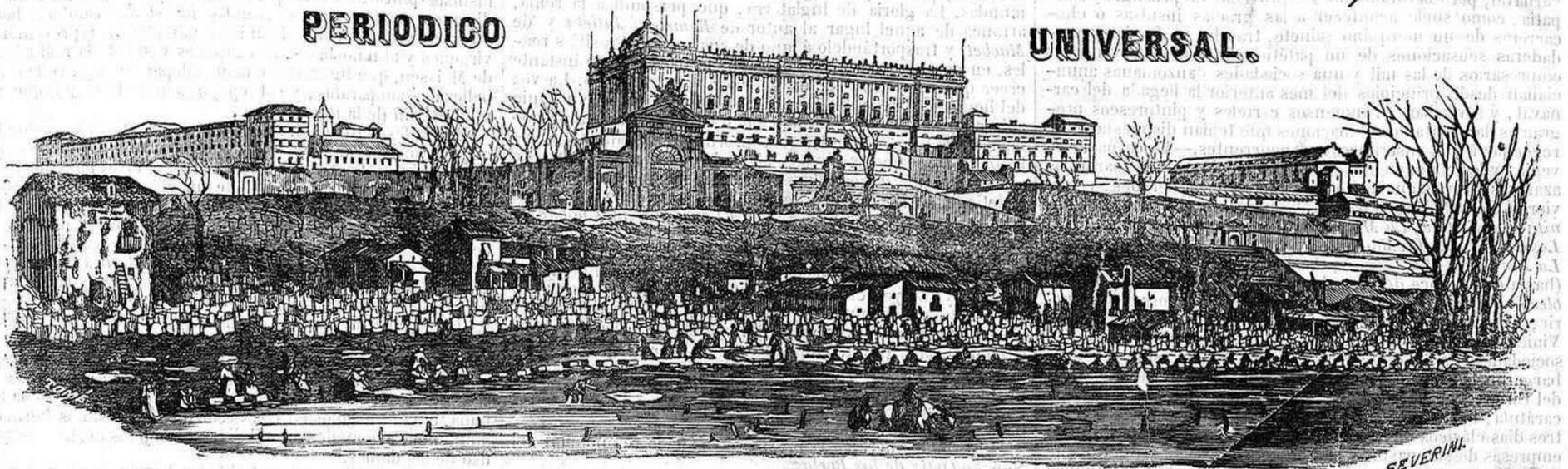
M.DCCCLII.



LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 9.º—SÁBADO 28 DE FEBRERO DE 1852.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

CRONICA MATRITENSE

DEL MES DE FEBRERO.

Un drama... un terrible é imponente drama ocupa el mes que termina, y le hará memorable no solo en los fastos madrileños, sino en la historia de la nacion española. Y puesto que ni la indole de nuestro periódico ni nuestro propio carácter nos inclinan á tratar de los sucesos políticos contemporáneos, careceríamos no solo del título de españoles, sino hasta del dictado de hombres, si habiendo de reseñar nuestra modesta crónica mensual de febrero, prescindieramos de un suceso de tal magnitud, de tan gigantescas proporciones, que le ocupa todo, y que formará del año 1852 época tan señalada en la historia nacional.

El cuadro primero de este drama colosal, representado el 2 de febrero, pudiera llevar por epigrafe ó título: «LA REINA Y LA MADRE.»—Una joven hermosa, una madre tierna, una reina augusta, amable y adorada de sus pueblos, aparece en el primer término del cuadro, rodeada de todo el esplendor del trono, adornada con la corona y las joyas de dos mundos, radiante de belleza, de alegría y de ternura; acompañada de su esposo, de su madre y sus hermanos; seguida de toda su corte, aclamada por todo un pueblo, y llevando en sus brazos maternos el primer fruto logrado de su tálamo real; que va á presentar en el templo del Altísimo á la heredera de cien reyes; que va á rendir gracias al Ser Supremo por el beneficio que la ha dispensado al concedérsela.—Los cánticos sagrados de la Iglesia se mezclan y confunden á su vista con el armónico sonido de la marcha real española, con el estruendo de la artillería, con las fervientes aclamaciones del pueblo fiel y entusiasmado. Cubren el suelo que han de pisar sus plantas, ricas alfombras y flores aromáticas; blancas palomas y parleros pajarillos esperan á su paso recobrar la libertad para ir á remotos climas á llevar la noticia feliz; el incienso y el aroma humean ya en los altares del Ser Supremo, que se hallan magníficamente decorados para la piadosa visita de la humana majestad: el pueblo hinche las calles y paseos del tránsito; las tropas militares cubren la carrera; los balcones y ventanas están ricamente tapizados; las campanas redoblan con alegre sonido; y Madrid entero presenta un conjunto inspeccionable, un cuadro gigantesco de animacion, de alegría y de entusiasmo.

En un instante (¡instante fatal é inconcebible!) aquel magnífico y solemne cuadro habia cambiado: aquel ruido y movimiento de agitacion se habia convertido en estupor, en ansiedad universal; aquellas músicas, aquellas voces, aquellos vivas, aquellos cánticos, aquel estruendo marcial, habian dado lugar á un sepulcral silencio; aquella reina, en fin, aquella madre, aquella hermosa joven habia desaparecido de la escena, y yacia en el lecho del dolor; habia visto salpicado de sangre su magnífico régio manto; habia sentido en su maternal seno el agudo y frenético puñal de un asesino..... Este

pues, con su figura livida, con su aspecto patibulario, opuesto al de aquel ángel de bondad, ocupaba el término primero de este segundo cuadro, y escribia en él con sangre preciosa este horroroso epigrafe: «EL REGICIDA.»

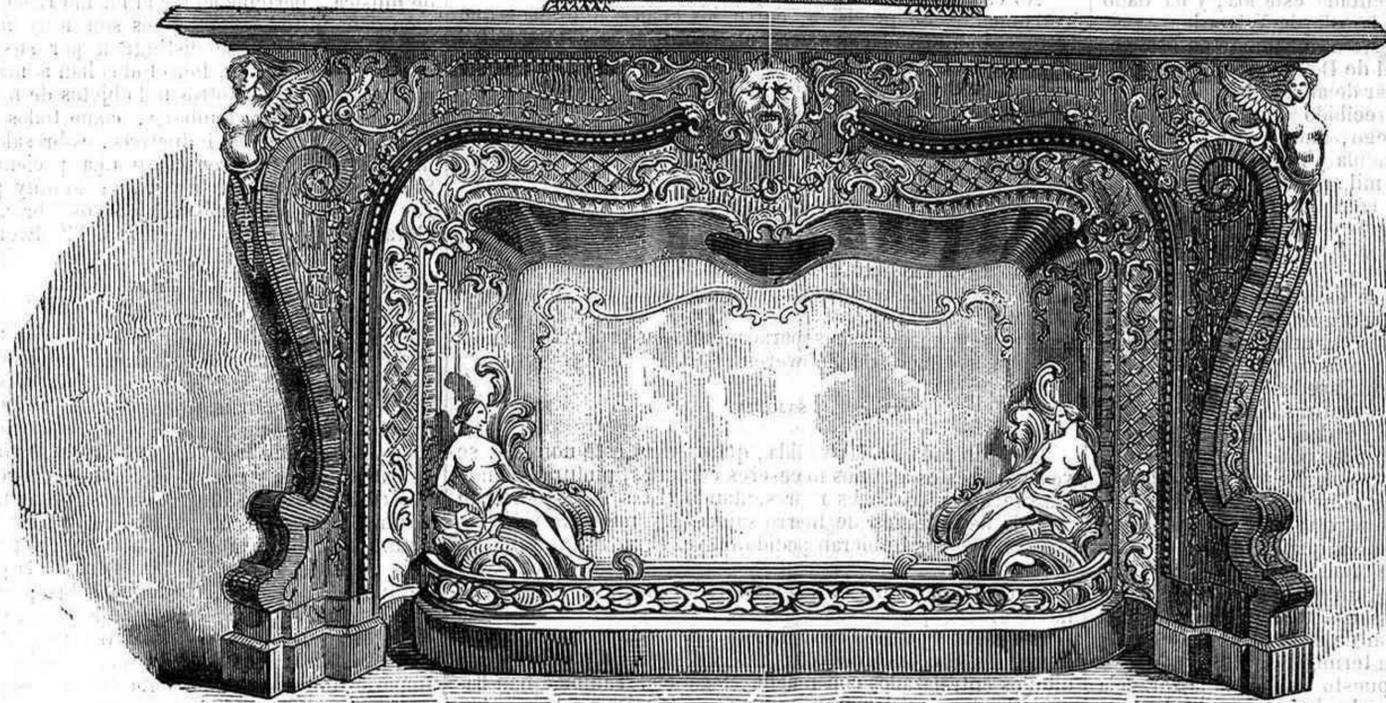
Arrancado difícilmente á la indignacion y á la ira del pueblo, preso y aherrado en oscuro calabozo, aguardando por momentos escuchar la sentencia fatal que le condenaba á una oprobiosa muerte, ese hombre (mal decimos), ese aborto de la humana especie, ostenta el cinismo de un alma sin Dios y sin conciencia; desafía osado á la espada de la ley, y burla y escarnece el aspecto de la muerte y la perspectiva de la eternidad. ¿Este hombre era un monstruo, era un frenético, era una aberracion singular y única de la humanidad?—Al supremo Hacedor, que ya le habrá juzgado, queda reservado este profundo misterio; á las leyes humanas tocaba hacer justicia con arreglo á los principios del sentido comun; tocaba librar á la sociedad de un aborto inconcebible, anatematizar con el castigo tamaño atentado, satisfacer con la muerte del malvado el justísimo horror y la indignacion universal.—Y en tanto que por una parte ofrecia su negro aspecto tan horrible cuadro, si volvemos los ojos á la víctima augusta, pidiendo el perdon de su verdugo; si los fijamos ante el inmenso pueblo prostrado al pié de los altares, derramando lágrimas de ternura, y orando piadosamente por la vida de su madre y de su Reina, ¡qué espectáculo admirable y consolador, qué compensacion tan esplendida no hallaremos para borrar la mancha que un hombre, que un español, que un ministro indigno del al-

tar se atrevió á echar en las páginas de nuestra historia, limpia hasta ahora de esta clase de crimen!

El malvado, el monstruo, el regicida concluyó su existencia en afrentoso patíbulo, á los cinco dias y á la misma hora en que cometió su alevoso atentado. La reina, la madre, la hermosa señora recobró por la misericordia divina su preciosa salud; el pueblo leal y piadoso vió dichosamente escuchadas sus plegarias; y el llanto y los clamores tornáronse en himnos de gracias y en cánticos de alegría. «LA REINA Y EL PUEBLO ESPAÑOL.» He aquí el título justo de este tercero y último acto del drama; para tratarle como merece necesitábamos la pluma de Tácito, la trompa épica del Tasso ó la lira de Píndaro y de Herrera. Todo lo que la imaginacion mas fecunda puede idear de bello, de grande, de sublime; todo lo que el corazon mas ardiente puede inspirar de tierno y de patético, no es comparable con la cordial alegría, el entusiasmo y popular delirio de un pueblo numeroso, apasionado, y herido materialmente en la persona de su reina y de su madre, vuelto á la vida, á la esperanza y al contento por la infinita bondad del Ser Supremo.—Allado de su ferviente anhelo, en comparacion de su sincero enternecimiento á la vista de la real carroza en que se encerraban los sagrados objetos de su veneracion y su cariño, ¿qué son el aparato majestuoso, el séquito brillante, la magnífica decoracion de aquella marcha triunfal? ¿Qué los arcos y columnas; qué los alcázares y templetos alegóricos, qué las iluminaciones, las músicas y los fuegos al lado de aquel mágico cuadro, en que una reina de catorce millones de súbditos, en que una madre cariñosa, en que una hermosa matrona, en cuyo augusto semblante brillan á un tiempo la majestad, la ternura y la belleza, entre las oleadas del pueblo, entre las brillantes filas de guerreros, entre la nube de palomas y de flores que cubrian la atmósfera ó tapizaban el suelo, entre el ruido de la artillería y el repicar de las campanas, ahogados por las fervidas aclamaciones de la multitud, atravesaba lentamente su heroica capital desde el alcazar régio hasta el pié del altar de la Reina de los cielos, de la augusta Patrona de los monarcas españoles?

Para pintar convenientemente tan asombroso y simpático cuadro, no hay colores bastantes en el pincel; para trazar tan sublime suceso, no hay fuerza suficiente en la pluma de la historia. Podrán, sí, ambos, como ya lo han hecho, dejar consignada la descripcion de los festejos reales, la decoracion de las calles y paseos, los monumentos triunfales, las orquestas, los fuegos, luminarias, y las demás demostraciones materiales que el gobierno y el pueblo han preparado en breves dias para dar á la augusta ceremonia un suntuoso aparato; pero lo principal de ella, lo que no se pinta, lo que no se describe es el armonioso conjunto de alegría, de entusiasmo y de ternura popular; la sincera espontaneidad de esta verdadera ovacion, única de su especie en el siglo, y que solo puede tener lugar en nuestra España, y de que solo puede ser objeto la persona de su Reina.

Sin poderlo intermediar hemos llenado el espacio destinado á nuestra crónica mensual con la consideracion del gran suceso que ha absorbido la



Chimenea de malaquita.

atención pública en las tres semanas primeras del mes.— La última han venido á ocuparla las farsas y bacanales del carnaval; pero naturalmente desprovistas de prestigio y simpatía, como suele acontecer á las gracias insulsas ó chocarreras de un mezzquino sainete, tras las profundas y verdaderas sensaciones de un patético drama.—En vano los empresarios de las mil y una sociedades danzomanas anunciaban desde principios del mes anterior la llegada del carnaval, y revelaban en inmensos carteles y pintorescos programas las gratas combinaciones que tenían dispuestas para regocijar á sus suscritores y concurrentes.—El carnaval no venía, y los concurrentes no iban á celebrarle.—Pasaron las azarosas circunstancias de la primer semana del mes, y volvieron á enarbolar sus banderolas tirso y cascabeles, *La Juvenita, La Silfide, La Minerva, La Florencia, La Aurora, Los Capellanes, La Madera, La Estrangerera, La Vascongada, La Juventud, La Ultima, La Primera, La Segunda, etc.* (hasta diez ó doce docenas de emblemas mas ó menos *pollakbles*.)—La concurrencia continuaba absteniéndose de concurrir, esperando indemnizarse gratis con las fiestas reales.— Vinieron estas, y embargaron no solo la atención de las sociedades, de los directores y de los socios, sino que embargaron las orquestas; y ni el refuerzo de los teatros Real, del Circo, del Instituto etc., pudo hacer ganar terreno á la carátula; hasta que en fin, terminadas aquellas, llegaron los tres días clásicos de la farsa á indemnizar algún tanto á las empresas de sus gastos y sacrificios; pero esto no tanto que no hayan lamentado la prisa que se dieron á abrir é iluminar sus salones quince días antes.—Y por si llega á tiempo para otro año, queremos darles un consejo, ó presentales un ejemplo, que acaso tuviérase cuenta el imitar; y es el de un director de esta clase de diversiones en París, que tuvo el buen sentido de anunciar la serie de sus fiestas en estos términos: «Habiendo observado que en los primeros bailes suele ser muy escasa la concurrencia, este año se empezará por el segundo.»—Bajo este punto de vista puede decirse que el Carnaval de 1852 no ha empezado propiamente en Madrid hasta las doce de la noche del martes en los salones del teatro de Oriente, y concluirá el domingo en los mismos con el baile de *pinata*, pasando antes el miércoles por la pradera del canal.—Para otro año aconsejamos á los directores de las empresas, que siguiendo la idea del arriba citado, empezaran los bailes de los días de carnaval por el del primer domingo de cuaresma.

EL CRONISTA

REVISTA DE TEATROS.

La cuaresma es poco protectora de los teatros: hay gentes que se retiran de ellos, unos por fanatismo y la mayor parte por hipocresía. A pesar de todo, como los mandamientos de la ley de Dios no nos dicen nada sobre que debamos ó no frecuentar en estos días los espectáculos, nosotros continuaremos asistiendo á ellos, y dando cuenta á nuestros lectores de cuantas novedades creamos dignas de singular mención.

Las localidades del Príncipe han estado llenas por espacio de muchas noches con la comedia de Calderon *El escondido y la tapada*, refundida por D. Eduardo Asquerino con bastante acierto, aunque su trabajo no ha sido tan grande como el que tuvo que hacer con la anterior refundición de *Entre bobos anda el juego*. Trabajan en *El escondido y la tapada* las principales partes de la compañía, y su ejecución ha sido de lo mas perfecto que hemos visto en el teatro del Príncipe. Matilde Díez y Julian Romea se han hecho aplaudir como siempre: el público ha salido contentísimo de este coliseo, y continúa favoreciéndolo con el mismo interés que en las primeras representaciones.

La loa de la señora Avellaneda, de la cual nos hemos ocupado anteriormente, ha merecido tambien unánimes y repetidos aplausos.

El teatro del Drama repitió para los días de fiestas reales la última producción del señor Hurtado; y *El anillo del Rey* ha sido nuevamente aplaudido y su autor llamado á la escena. Acompañaba á este drama la loa de los señores Cañete y Tarmayo, titulada *La esperanza de la patria*. Es una composición bellísima, que tiene rasgos muy notables y trozos de brillante poesía. Sentimos no poder copiar algunos de los muchos y muy buenos que el público oyó y aplaudió con entusiasmo. Fué perfectamente ejecutada esta loa, y ha dado muy buenas entradas al teatro de la calle de Valverde.

En el mismo coliseo se ha puesto últimamente en escena, una pieza en un acto, original de D. Enrique Cisneros, y titulada *Un par de alhajas*. El par de alhajas son dos juvenillos muy calaveras que no han recibido muy buena educación, y que enviados en el juego, andan siempre petardeando á sus tíos D. Pedro Advincula y Doña Petra Nolasco. Para sacarles dinero se valen de mil supercherías, y esto da lugar á algunas escenas bastante cómicas que hacen reír.

En el teatro del Instituto se puso en escena la comedia de Breton titulada *Me voy de Madrid*, muy bien representada por las señoras Palma, Chafino y Sampelayo y por el señor Catalina. En la misma noche se estrenó un juguete cómico titulado *Música y versos*. Su argumento está reducido á presentar á un maestro de música y á un escritor, comprometidos ambos á escribir versos y música para las funciones reales. Viven en una mala casa de huéspedes y no tienen tranquilidad para poder concluir sus respectivas composiciones en el plazo que el ayuntamiento les ha dado. Todo se conjura contra ellos para no poder trabajar: les molesta el portero de la corporación municipal, que viene á darles prisa; les molesta la patrona y el patron con sus impertinencias; una viuda que viene á quejarse del ayuntamiento porque no le ha dado una limosna; un inválido que tambien se queja, un usurero, el organillo que pasa por la calle, la criada que canta y que machaca en el almirez, y finalmente, un vecino que está dando lecciones de trompa. Todas estas contrariedades concluyen por escribir ambos su composición de mala manera, y entrar los coristas á ensayar el himno ya terminado.

En el teatro del Circo se ha puesto en escena la zarzuela en tres actos *El sueño de una noche de verano*, traducción de D. Acticio de la Escosura y música del señor Gaztambide.

El pensamiento de esta opereta es muy lindo. Isabel de

Inglaterra abandona por un momento su real alcázar y se introduce en una taberna, en que Shakespear, el gran poeta inglés, prostituye su genio entre orgías y bacanales inmundas. La gloria de Inglaterra, que personifica la reina, arranca de aquel lugar al autor de *Romeo y Julieta* y de *Macbet*, y trasportándolo á uno de sus mas bellos sitios reales, en una hermosa noche de estío, le hace por un instante creer que es victima de un delicioso y tenaz sueño. La voz del honor y de la gloria llega á los oídos del poeta; su genio colosal le habla allí, y reconociendo en su misteriosa desconocida á la reina de Inglaterra, prorrumpe en cantos de alabanza á la hermosura y la majestad. Quizá una palabra de amor va á salir de los labios de Shakespear, pero la reina le detiene, diciéndole que de aquel sueño no debe hacer mas que un drama, un drama titulado *El sueño de una noche de verano*.

La música tiene trozos bellísimos de una frescura y sensibilidad exquisitas. En el acto segundo se aplaude muchísimo un dúo, y se oye con entusiasmo indecible en el tercero un himno marcial de un efecto admirable.

En el teatro francés va disminuyéndose cada día la concurrencia. Muy pronto empezará su trabajos la compañía española que ha llegado ya de Valencia.

Las empresas conocen que en la temporada de cuaresma en que hemos entrado necesitan llamar la atención del público y estimularle por todos los medios posibles.

El Príncipe dará en la próxima semana la refundición del *Sancho Ortiz de las Rozas*.

El Drama, uno original de los señores García Gutierrez, Gil y Zárate y Príncipe, titulado *La Baltasara*.

El de Instituto, una comedia nueva arreglada á nuestra escena con el título de *Lo que está de Dios*...

El del Circo puede tener todavía algunas entradas con la última zarzuela *El sueño de una noche de verano*.

F. MONTEMAR.

ESPOSICION DE LONDRES.

Suecia, Dinamarca y el Zollverein.

Nos hemos propuesto presentar á nuestros lectores un cuadro de la importancia artística é industrial de los países del globo que han enviado sus productos al Palacio de Cristal. Además de los artículos que hemos consagrado á la Exposición española, nos hemos ocupado de la de los Estados Unidos y de la Rusia, reservando para hoy hacernos cargo de unos países cuyos adelantos, por grandes que sean, no pueden conocerse bien en los mercados europeos, mientras no se fijen definitivamente las bases en que debe apoyarse su comercio de exportación.

Mr. Haussmann, hombre laborioso é inteligente, delegado del gobierno francés y adicto á su jurado, acaba de publicar un trabajo concienzudo sobre la esposición de Suecia, Dinamarca y los diferentes estados del Zollverein. El nombre de su autor es hace tiempo conocido entre los sabios; encargado de comisiones importantísimas, ha llevado á Francia verdaderos descubrimientos que justifican su incansable perseverancia. De ese trabajo tomamos las principales noticias que á continuación publicamos, por el sello de imparcialidad que las distingue, y por haberlas facilitado un juez competente en la materia de que tratan.

SUECIA Y DINAMARCA.

Estos dos países se han visto deplorablemente representados en el Palacio de Cristal. Creyendo tal vez que sus productos llegarían demasiado tarde, enviaron muy pocos; pero mejor hubieran hecho en disponer que ninguno de ellos figurase en aquella feria del esfuerzo humano.

La riqueza metálica de la Suecia apenas se ha visto indicada por unos cuantos minerales de hierro. Algunos tejidos de seda y algodón, varias muestras de hierro labrado, cerraduras, sables y otros objetos de menor importancia, que no merecen mencionarse: he aquí lo que era la esposición sueca en el mes de julio de 1851. Preciso es convenir en que los adelantos de este país son sumamente lentos, y que tardarán mucho tiempo en llegar á competir sus productos con los de otras naciones.

No es mas importante la esposición de Dinamarca. Envío instrumentos de precisión, entre los cuales figuraban una balanza, una brújula, relojes, y un aparato electro-magnético perfeccionado. Si á estos objetos añadimos un caño algo escaso de bordados, de tejidos ligeros, y unas cuantas estatuas de yeso, tendremos una idea bastante exacta de la importancia artística-industrial dinamarquesa.

ZOLLWEIN.

Tenia señaladas cinco entradas por el lado del Sur de la galería principal, y seis por el del Norte. La primera parte estaba principalmente destinada á los tejidos, al paso que la división del Norte encerraba los objetos artísticos, ó la quinacalla y las máquinas.

Vamos á mencionar separadamente los productos de los principales estados del Zollverein.

SAJONIA.

A la entrada de la avenida, que llevaba este nombre, se veían espuestos algunos neceseres comunes, pinturas en miniatura con medallones representando vistas de Sajonia, un modelo de caminos de hierro sajones, y un tapiz ridiculo, cuyos bordados hubieran podido tal vez agrar á los chinos, pero que nunca debió presentarse en el palacio de Hyde-Park.

Afortunadamente para la fama industrial de la Sajonia, se ha observado que al lado de estos productos sin mérito habia hermosísimas porcelanas de la real fábrica de Meissen. Todas tienen los cantos dorados en relieve, formando caprichosos dibujos entrelazados con mucha elegancia. Tambien han llamado la atención dos grandes urnas de la misma materia, tan p ras y correctas en su corte como las mejores obras de Sevres. El gusto mas perfecto se une á la mayor originalidad

en un magnífico marco de espejo, tambien de porcelana, que obtuvo la aprobacion y los elogios de todos los inteligentes.

En el salon de Bellas Artes espuso la Sajonia algunas bellísimas pinturas sobre porcelana, copias en miniatura de diversos cuadros de los grandes maestros. Tambien habia otras en esmalte sobre la misma porcelana, representando vírgenes y al niño Jesus. Los grandes vasos de la real fábrica de Meissen, que figuraban en aquel departamento, son de una belleza incomparable, y sobrepujan á todo lo mejor que remitió Berlin de la misma clase.

El profesor Ritschel, de Dresde, espuso un magnífico crucifijo de mármol de Carrara; y en el mismo sitio que ocupaba este, llamaban la atención tres cuadros al óleo, pintados sobre planchas de estaño y hierro, de un colorido muy brillante; pero lo que en ellos sobresalía especialmente era una cabeza de muger, cuya tristeza tenia algo de voluptuosa: otra cabeza de un cadáver, representada en un ángulo del cuadro, era tal vez la causa de la melancolía de aquella figura interesante, á la cual habia servido sin duda de modelo la Magdalena arrepentida.

La Sajonia no ha remitido mas que una obra de platería, á saber: un preciosísimo vaso adornado de flores, trabajadas con exquisita finura y delicadeza. Si de esta breve escursión que acabamos de hacer en el dominio de las Bellas artes de la antigua Germania, volvemos á la parte del Norte de la Sajonia, encontraremos en ella desde luego bellísimos bordados de Plauen, ejecutados en mil diversos objetos destinados para uso de las damas.

Después de Plauen llega la fábrica de Glauchaus, tan nombrada por sus mezclas de lana y seda, y por sus tejidos de lana arrada en cuadros.

Frankenberg envió muy buenas muestras de damascos y brocados de seda, que dan á entender lo mucho que allí ha adelantado el arte de la tapicería.

Clomnitz, el mayor centro industrial de la Sajonia, se distingue por sus tejidos de lana, por sus damascos y por sus mezclas de lana y seda, y de seda y algodón. Leisnig no tiene rival en cuanto á paños verdes de primera clase, y Meerane es donde se fabrican los mejores tartanes y las mas vistosas muselinas de lana. En Plauen se elaboran tambien muy buenos tejidos finos de algodón para cortinaje y hermosas gasas, y Annaberg rivaliza con él en todos los géneros. Estas dos ciudades industriales de la Sajonia esparcieron sus productos en todas las galerías del Palacio de Cristal; así era que en la superior del lado del Sur se encontraban magníficos bordados de Plauen y encajes finísimos de Annaberg. Tambien los de Dresde y de Schneeberg son de un mérito incontestable, sin que podamos decir lo mismo de los de Eibenstock, que no pueden sostener la comparación con los anteriores.

Si la Sajonia no brilla por sus estampados sobre algodón, ha espuesto en cambio batistas de una finura increíble. Este mismo carácter distingue á sus tejidos de lino, y todos los inteligentes han encomiado las grandes telas adamascadas de Littan, así como las mantelerías de Dresde, de fondo gris claro y dibujos blanquísimos, por el estilo de los damascos irlandeses.

Lo que verdaderamente constituye el mérito industrial de este país, es la infinita variedad de sus tejidos de lana, con mezcla ó sin ella, que se recomie dan tanto por su excelente calidad como por sus precios sumamente moderados.

WURTEMBERG.

Este Estado parece que se ha ocupado mas de los animales que de los hombres en su esposición, supuesto que en ella han ocupado el primer lugar las jaulas, las aves y los cuadrúpedos diseados. M. Plouquet, profesor del Real Museo de Stuttgart, ha dado pruebas de talento y de buen gusto por las posturas en que ha sabido presentar dichos animales. Los buhos defendiendo á sus hijuelos contra el furor de otras aves de rapiña, revelan un cuidado y ansiedad verdaderamente paternales: el reposo leyendo una novela y la liebre haciendo el ejercicio son unas verdaderas caricaturas llenas de animación y de vida.

Tambien ha espuesto Wurtemberg muchos juguetes de niños, relojes de diferentes hechuras, y un buen aparato destilador.

En el salon artístico no tiene mas estatua que una Magdalena de M. Wagner, de Stuttgart, pero esta obra es de gran mérito. Tambien se encuentran algunos instrumentos de música, pertenecientes al mismo Estado. Sus muselinas, y en general todos sus tejidos son muy inferiores á los de Sajonia, y tampoco se distinguen por sus paños, que nada ofrecen de particular. Pero todos han a lmirado sus obras de mosaico en betun y otros mil objetos de madera, de hueso y de marfil. El Wurtemberg, como todos los países en que vegetan las grandes industrias, sobresale en esos trabajos insignificantes que requieren una paciencia á toda prueba. Su esposición, segun se ve, ha sido muy pobre, comparada con la de Sajonia, y no coloca á sus fabricantes en un grado elevado de la escala productora del Zollverein.

BAVIERA.

La esposición bávara ha sido mas bien artística que industrial. El león colosal de bronce, y las estatuas del rey Jorge y de la reina Libusa, de Bohemia, del mismo metal, se debben á M. Miller, artista de Munich. M. Leeb espuso una bellísima estatua de mármol, representando á una jóven que tiene en unido tres angelitos ó tres amores. Su ejecución es tan elegante y graciosa, como su concepcion original. El doctor Fuchs, de Munich, ha inscrito su nombre en un cuadro notable por dos conceptos. Representa la hermosa cabeza de un anciano, cuya espresion es superior á todo elogio: además de esto, se ha fijado en el cuadro la pintura por medio de una infusión de cristal líquido sobre pasta de mortero. Los vidrios pintados por M. Stephan Kellner, de Nuremberg, revelan el gran talento de este artista; y el vaso gótico de yeso de M. Halbing, en el cual se ven todos los atributos del Santo Imperio Romano, es una obra única en su clase, por la gran perfección con que está concluida.

La Baviera presentó tambien dos preciosos escritorios; uno al estilo del renacimiento, adornado con hermosas in-

crustaciones y dedicado al servicio de una dama; el otro de forma gótica, cubierto de figuras y flores de metal dorado. Algunos instrumentos de precisión espuestos por la Baviera merecen un recuerdo especial. Decir que M. Erstel, de Munich, envió un telescopio y otros varios instrumentos astronómicos, es asegurar que dichos instrumentos son excelentes, porque este sabio ingeniero ha llegado á adquirir por sus obras y por sus grandes trabajos una reputación bien merecida.

Los instrumentos músicos de la Baviera son muy escasos y no han llamado la atención. En uno de los sitios destinados á la Prusia se notaba en el palacio de Hyde-Park un espacio en que figuraban algunos tejidos bávaros, como sedería y telas de lana de Deux-Puits, chales de Lana y algodón de Hof y linos de Crumback; pero estos productos nada tenían de particular por ser muy inferiores á las de igual clase de otros países. También la Baviera remitió cueros, papeles dorados y plateados, muñecas y otros juguetes para niños; objetos que no deben ocuparnos. La verdadera importancia de la exposición debe buscarse en sus productos artísticos y no en otra parte: su industria está todavía muy atrasada respecto á la de las demás naciones.

CIENCIAS.

En la junta literaria celebrada por la academia de Ciencias Naturales y Artes de Barcelona en el día 11 de diciembre, el socio doctor D. José Arrau y Barba leyó una memoria, en la cual, después de haber hecho una sucinta descripción del *Simposium* de Londres, casa de campo situada en Kensington, frente al Palacio de Cristal, destinada para recreo y descanso de los que salían de visitar la Exposición, dijo: que vió en aquella casa dos novedades que llamaron muy particularmente su atención, siendo una de ellas la cocina para cocer los alimentos por medio del calor que desprende la combustión del gas hidrógeno carbonado, y la otra la luz eléctrica, blanca y brillante como la luz del sol, para iluminar parte de los jardines.

Pasó en seguida á describir el horno destinado para asar carne por medio de dicho gas, y demostró sus ventajas sobre los demás medios de asar conocidos, tanto con respecto á los buenos resultados que ofrece, como por la economía del tiempo y del dinero; fundando sus raciocinios en varios datos científicos y en la experiencia.

Entró después á tratar de los aparatos propios para lograr la luz eléctrica, manifestando que Davy la obtuvo muchos años hace, y que el único mérito de los actuales físicos, que empiezan á generalizarla, consiste en haber facilitado los medios de obtenerla de un modo mas económico y mas constante. Citó en seguida las pilas de Daniel de Goodman, de Molt, de Tennell Allman y de otros autores á propósito para lograr la luz eléctrica; sentando el principio de que cuanto mas difícil de difundir es el cuerpo que rompe el círculo de la corriente eléctrica, mas luz produce ó determina, para lo cual es también circunstancia precisa poca tensión y grande efusión eléctrica, ó abundancia de fluido en el cuerpo que determina la luz.

Al describir la pila que tuvo ocasión de examinar en París, dijo: que cada par se compone de un vaso de vidrio ó de porcelana barnizada, dentro del cual se coloca un cilindro hueco de zinc, ó mas bien una lámina del mismo metal, arqueada en forma de cilindro. Dentro del hueco de esta lámina se pone otro vaso de porcelana sin barnizar, ó de tierra muy porosa, que no sea atacable por los ácidos fuertes, y dentro de este un lingote paralelepípedo ó una barra de carbon de piedra muy calcinado.

El espacio del vaso primero debe llenarse de agua acidulada con un décimo de ácido sulfúrico, y el segundo con ácido nítrico á treinta y seis grados.

Presentó también el dibujo del aparato para determinar la luz, que consiste en un bastidor de madera con sus correspondiente pié, en cuya parte superior se apoya uno de los hilos conductores de los polos de la pila, unido á un lapicero de metal que lleva su electrode de carbon. El otro hilo conductor del otro polo se arrolla en una canilla á manera de las de los electroimanes, y termina en otro lapicero con su correspondiente electrode. Este se aproxima y aleja de aquel pasando por un agujero practicado en el travesaño del bastidor, dándole movimiento por medio de un hilo que se apoya en una pequeña polea y está fijo por un extremo en el rodete de la canilla, y por el otro en un cubo cargado con perdigones.

Fundado en los experimentos de Mr. Arago, y en los que hizo el profesor Grove en 1843 en el teatro del Instituto de Londres, aseguró que la luz eléctrica producida por una pila de cincuenta pares de dos pulgadas de ancho por cuatro pulgadas de largo, equivale á mil cuatrocientas cuarenta y cuatro luces de vela común; y que por consiguiente, según varios cálculos, puede llevar su claridad hasta mas de catorce mil metros de distancia.

Enumeró luego varias propiedades de esta luz eléctrica: la de poderse producir dentro del agua, la de fundir todas las piedras duras y preciosas, y después de haber manifestado varios de los usos á que puede destinarse, terminó con estas notables palabras:

«Se acerca, señores, el día, según tenemos entendido, de poderse leer en Douvres, á beneficio de una luz eléctrica colocada en Calais. Entonces un mismo principio servirá de faro por el aire y de medio de comunicar la palabra al través de aquel turbulento estrecho: entonces se habrán realizado las dos empresas mas colosales que caracterizan el saber científico de nuestro siglo, y entonces será fácil sustituir la luz eléctrica á la del gas hidrógeno carbonado, para iluminar las ciudades de primer orden.»

Lola Montes.

Como todo lo que concierne á Lola Montes es lido con interés, ofrecemos á nuestros lectores un artículo que un periódico americano consagra á la célebre condesa, escrito con el picaresco epigrama de *Un ángel desconocido*. Héle aquí:

«Si hubiéramos seguido paso á paso los incidentes ocurridos con motivo de la polémica sostenida por Lola Montes

con E. P. Willis, nos encontraríamos en el deber de traducir una carta que el citado Willis ha dirigido últimamente á la altiva condesa. En materia de crónica escandalosa, nos parece una excusa muy notable la novedad picante del asunto. El documento en cuestión nos parece enteramente original; fáltale, sin embargo, como habrán notado los que le han leído, esa franca claridad con que suele ataviarse la ironía que ha de producir efecto, y el aire ligero de un columnado que se defiende. En todo caso, E. P. Willis podía contentarse con la solemne y formal vindicación que ha publicado después. Lugar ha tenido, sin embargo, de producir una refutación circunstanciada; empero es preciso confesar que la carta no la destruye. Con todo, ha tenido un buen efecto, toda vez que ha provocado el largo artículo que ayer publica el *Herald*. Supónese que la condesa de Landsfeldt se ha encontrado en la necesidad de depositar en el seno de Mr. Bennett sus sentidas confianzas. Ha creído con verdad, que la sencilla relación de su vida es la mas elocuente protesta y la refutación mas victoriosa, renunciando á confundir de antemano á sus detractores. Para edificar y convertir á los lectores del *Herald*, Lola Montes ha escrito su propia biografía; y, lo que nadie esperaba, háse visto que nada existe (en materia de biografías) de mas sencillo y natural y menos historiado.

Figuremosnos un capítulo de *Robinson* ó de *Telémaco*, es decir, que aquí sería el caso de inventar el título de *simple histoire*, si no existiese ya para designar una relación divertida, y un no menos chistoso *vaudeville*. No se crea que exageramos; hé aquí un período: «Espero que mi historia sencilla, contada según mis pobres alcances, será creída.» Bien es verdad, que al comenzar el capítulo se lee lo siguiente: «Mi carrera abunda tanto en variedad de contrastes y vicisitudes, que casi parece una novela.» Esto es mas cierto, y mas aun suprimiendo el *casí*...

Empero... ¡admirad la perseverancia y la austeridad de la suerte! Esos viajes por el continente de Europa, esas fortunas diversas experimentadas por las capitales del mundo antiguo, ¿qué destino tendrían? Después de tan arrojadas borrascas, ¿adónde suponéis se encontraría el término señalado?... Es llegada la ocasión, ¡oh tú, buen público americano! de que tu corazón se estremezca de alegría: todo el pasado de Lola Montes ha sido un término de prueba, concluido el que, la infatigable condesa debía alcanzar tus afortunadas riberas, descansando su pié sobre esta tierra libre, en que se fecundiza el árbol siempre verde de la independencia. Si; ella lo ha dicho: desde su infancia consagró su amor á la América; los primeros latidos de su corazón, las primicias de su alma virgen, fueron todas para este grande país, cuna de los Washington, los Jefferson, los Franklin, los Fulton, y los Jackson (no hacemos mas que citar)... Si; en su juvenil entusiasmo, la futura condesa bávara solo entrevia un variado conjunto de para-razos, de gloria y... vapores... Así, por extraño que esto parezca, puede explicarse su venida de las Indias á Irlanda, su marcha de Irlanda á París (en cuya ciudad, la viajera paloma abandonó algunas plumas que pensaba recuperar en Rusia), su descanso en Baviera sobre las gradas de un trono... siempre, y por todas partes, Lola Montes seguía el misterioso itinerario que terminaba en América. Munich, la capital de Baviera, era tan solo un punto de descanso en la carrera de New-York... Todo, en resumen, es lo mas natural del mundo... Por todas partes se va á Roma...

Venid, familia de lectores; nada de ingratitud, mostráos galantes; venid á celebrar en esta ilustre viajera el mérito de una artista... pero... ¿qué hemos dicho? aquí no se trata del baile; es una amante que delira por América, es una discípula de Washington, una fanática de la democracia... No hay que hacerse ilusiones: Lola Montes se conoce muy bien á sí misma, ella se juzga con una humildad y modestia completas. No tiene las pretensiones de una Lucrecia, ni se cree una Juana de Arco... pero ¡la falta poco. Casada á los trece años, no había conocido aun el lenguaje del corazón, y dispuso la suerte que al celebrar este primer matrimonio permaneciese muda, sin duda con el designio de recuperar mas tarde el tiempo perdido... empero no nos anticipemos.

En la *Familia improvisada*, Henri Monier, bajo el retrato de Mr. Coquerel, cuenta que habiéndole fastidiado su muger, la abandonó... Lola Montes recurre al divorcio y se dirige á Francia. No la seguiremos ahora; hástenos recordar que ella juzgó alcanzar mejor éxito en otras partes, y por esto se dirigió á la tierra clásica de los *boyards* y *los rublos*. ¿Qué la hubiera sucedido si permaneciera en Rusia, ó mejor dicho, que le hubiera sucedido á la Rusia?... Esto es lo que á nadie le es dado averiguar.

Lola partió en dirección de Viena; pero escrito estaba que no llegaría... Un rey, ni mas ni menos que un rey, protector de las artes, mas aficionado que conocedor del baile, apenas la vió en el teatro, juzgó con una sagacidad que honraria á un Luis XV, que según su escuela de baile y á juzgar por sus piruetas, aquella bailarina llegaría á ser un gran político. En sus pantorrillas creyó traducir una cabeza bien organizada... En una palabra, hizo la su *Egeria*. La posición era brillante y... resbaladiza... mucho mas para una bailarina... empero Lola Montes demostró que sabía marchar con pié seguro sobre tan delicado terreno, é hizo lo mismo que hubiera verificado la verdadera *Egeria*, si el piadoso Numa hubiera tenido necesidad de luchar con jesuitas; abrazó el partido del rey con un ardor que el bonachon del monarca apreciaba muchísimo, y en cambio el cual la distinguió con una especial confianza, de que la condesa era incapaz de abusar. Dos bandos había á la sazón en la corte de Baviera, el de ultramontanos y lolamontinos. Fácil es conjeturar de cuántas calumnias eróticas no sería objeto la amiga del rey. En opinión de sus enemigos, era una Armida, una encantadora, una Circe; con la diferencia de que ninguno había sufrido la metamorfosis de los compañeros de Ulises. Los envidiosos consiguieron al principio manchar la reputación de aquella muger, objeto de confianzas platónicas... todas platónicas... del bávaro monarca... Después, cuando el augustó *Géronte* tuvo necesidad de depouner la corona, demasiado pesada para su cabeza, Lola se halló privada del producto de sus rudos trabajos y del precio de sus sudores... (es traducción)... Hasta aquí alcanza el trozo histórico-literario dirigido al *Herald*. Cierto es que se nota un pequeño espacio sin llenar, desde el instante en que se separa del porta-cetros bávaro, hasta el momento de su reaparición en Francia, sobre la escena, teatro de sus primeros pasos.

Hasta que se publique una continuación de este fragmento auto-biografía, nos contentaremos con las noticias que hace algun tiempo circulan.

Hay personas que nacen desgraciadas... el dios del himeneo decididamente se ha conjurado contra nuestra heroína. Después de su primer ensayo conyugal, á la edad de trece años, desprovista de experiencia, verificó un segundo enlace, desgraciado también en sus resultados, no obstante ser los viajes los que forman la juventud. Lola conoció la necesidad de aumentar la letanía de sus nombres, con un monosílabo reducido á la insignificancia, pues solo se refería á un marido... de reserva...

El mas curioso pasaje de la carta de Lola Montes, es aquel en que con una grandeza de alma digna de Augusto perdonando á Cina, protesta el perdón de todas las ofensas recibidas, especialmente de los periodistas. La indulgencia, dice Lola, es uno de los lujos con que se atavia el inocente!... inocente, que diría Figaro, como un juez de *cabellos blancos*. Lo que quiere consignar la condesa, sobre todo en su profesión de fé, es que ella no ha sido una muger de *historia*, que jamás ha alimentado el odio. Lola ha pecado, y bien, ¿quién se escapa en este mundo de tentaciones? mas ó menos... es verdad... Ella ha pecado por orgullo, por ambición, por ligereza. Se ha visto comprometida... ¿quién tiene la culpa? Lola ha sido cortejada, adulada... pero puede responder con Celimena:

*«Puis je empêcher les gens de me trouver aimable?
«Dois-je prendre un bâton pour les mettre dehors?»*

Todo esto es sin duda alguna excelente. Mucho es haber habitado entre lobos, y no haber aullado... muchos place-mos se atribuirían á la virtud escapada ileta entre multiplicadas asechanzas... empero á los ojos del curioso que llega al teatro contemplarla bailando, ¿que probará nuestra reflexión? A todos nuestros discursos amenos responderá: «El salto mas descuidado, la pirueta menos voluptuosa, el movimiento mas natural y menos gentil, completaría nuestros deseos y serviría mejor á nuestros designios.»

Caso de longevidad extraordinaria.

Todos los habitantes de Madrid, al dirigirse á los paseos del Prado, Retiro ó Recoletos, han podido observar ese fenómeno que bajo el aspecto de una viejecilla despierta y locuaz, que vende avellanas y nueces sentada en la esquina de la calle de Alcalá detrás de la fuente de Cibeles, se presenta diariamente de sol á sol (se supone cuando el tiempo lo permite), en la persona de *Maria Inglad*, natural de Tolosa de Francia, aunque hija de catalán, que al decir de la misma (y hay motivos para creerlo), nació en 1746 (el mismo año en que murió Felipe V), y cuenta por lo mismo la respetable antigüedad de *ciento y seis años cumplidos*, habiendo venido á Madrid (acaso en los bagajes del ejército de Napoleon) en 1808, donde ha permanecido desde entonces, según dice, auxiliada con algunas limosnas de la embajada ó consulado, y recogiendo en las casas contiguas del Pósito. Estas escasas y tal vez inexactas noticias las hemos oído de su propia boca, y no nos ha sido dable procurar hasta ahora otras mayores de esta avellanera-avellanada, tipo y decana sin duda alguna de todas las avellaneras de la tierra; únicamente podemos ofrecer su retrato á nuestros lectores de provincias, y señalar su original á los de Madrid.

Gran baile de trajes de la reina de Inglaterra.

El gran baile de trajes dado por la reina Victoria en el palacio de Buchingham, presentaba un interés demasiado vivo, tanto por su propia magnificencia, como por la época memorable de la gran Exposición, durante la cual se verificó, para que nos creamos dispensados de presentar á nuestros lectores su descripción por medio de un grabado. En consecuencia de la cortesía cosmopolita que la Exposición ha puesto en moda en Inglaterra, los encargados del baile no se contentaron con organizar tandas en que brillaban trajes ingleses y escoceses del tiempo de Carlos II, sino que quisieron también que otras comparsas representasen la espléndida elegancia de las cortes de Francia y de España en el reinado de Luis XIV.

En la tanda española, dirigida por la condesa de Granville, las damas vestían de seda negra y llevaban la mantilla tradicional de la Península; sus trajes estaban guarnecidos de galones de oro, con cintas color de rosa y riquísimos encajes. Los trajes inferiores eran de damasco color gris, con franjas de lo mismo y de oro.

Los hombres vestían de terciopelo negro recamado de oro, y todos llevaban la cruz de Calatrava, bordada de seda encarnada sobre el traje y el manto; las medias eran de seda color gris, y los sombreros de terciopelo negro con plumas encarnadas y amarillas.

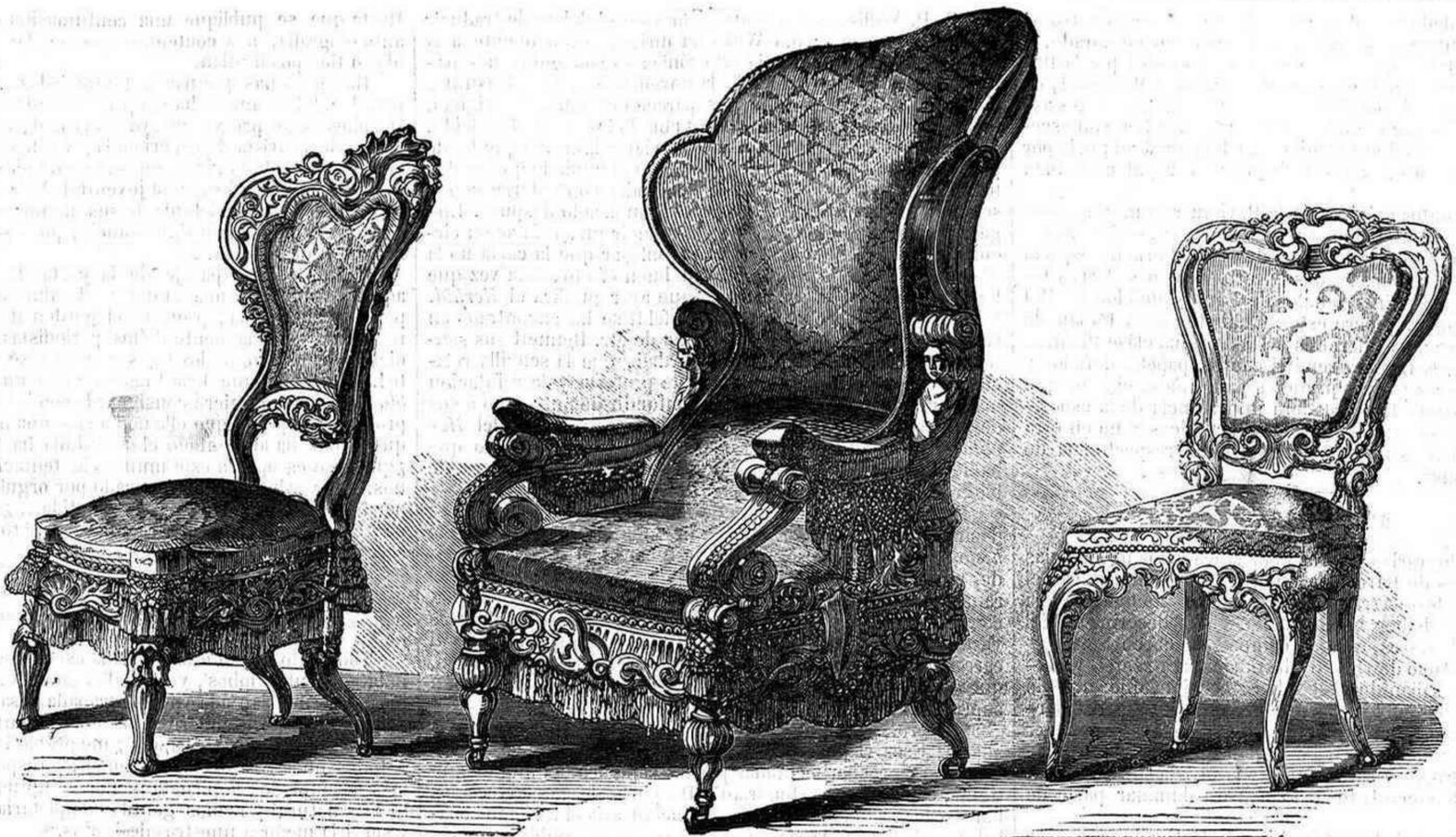
Dos españoles hacían parte de esta comparsa, el marqués de Azeglio y el señor Sampayo.

NI TANTO, NI TAN POCO.

Hace unos cuantos dias nos hallábamos mi amigo Eduardo... y yo en mi casa, sentado cada cual en una butaca y gozando de las delicias de dos magníficos habanos, cuando entró mi criado, y distrayéndonos de la discusión literaria en que nos entreteníamos, me anunció á mi antiguo amigo Félix, que deseaba verme al instante para asuntos de alto interés. Causóme sorpresa el recado, porque á la verdad no creía yo que siendo mi amigo tan superficial é importándosele todo tan poco, pudiera tener asuntos de alto interés que comunicarme; pero esto sin embargo, hice que pasara adelante, y en cuanto apareció en la puerta conocí que cosa de importancia debería ser cuando traía tan demudado el rostro, el traje con tan-

to desaliño, la cabeza sin peinar, y en fin, demostrando en todo alguna horrosa catástrofe. Cien preguntas le hice de una vez; le rogué que tomara asiento, le ofrecí un cigarro, le supliqué que se calmase, y le dije por último que me sacase pronto del cuidado en que me había puesto. Cinco minutos pasaron en silencio, y mi impaciencia no podía permitir que pasasen otros cinco. Mi otro amigo se hallaba también con cuidado.

—Querido Félix, le dije, ¿qué traes, habla, qué te ha sucedido?
—Deja que me calme un poco, querido amigo: la historia es larga, y necesito contártela toda para que



Sillas y sillón.

tro archipiélago Filipino, á fin de arreglar asuntos de interés, y antes disponen que Matilde vaya durante la ausencia al convento de... para acabarse de educar. Esto me parece que te lo he contado, pero no está demás el repetirlo. Aquellos señores dieron mas importancia de la que debían á nuestras relaciones, y se dirigieron á mis padres exigiéndoles la promesa de que yo me casaría con su hija pasados tres ó cuatro años, tiempo que calculaban duraría el viaje, como desgraciadamente ha sucedido. Mis padres, lejos de oponerse, se alegraron mucho; y yo, que entonces me gustaba mas Matilde

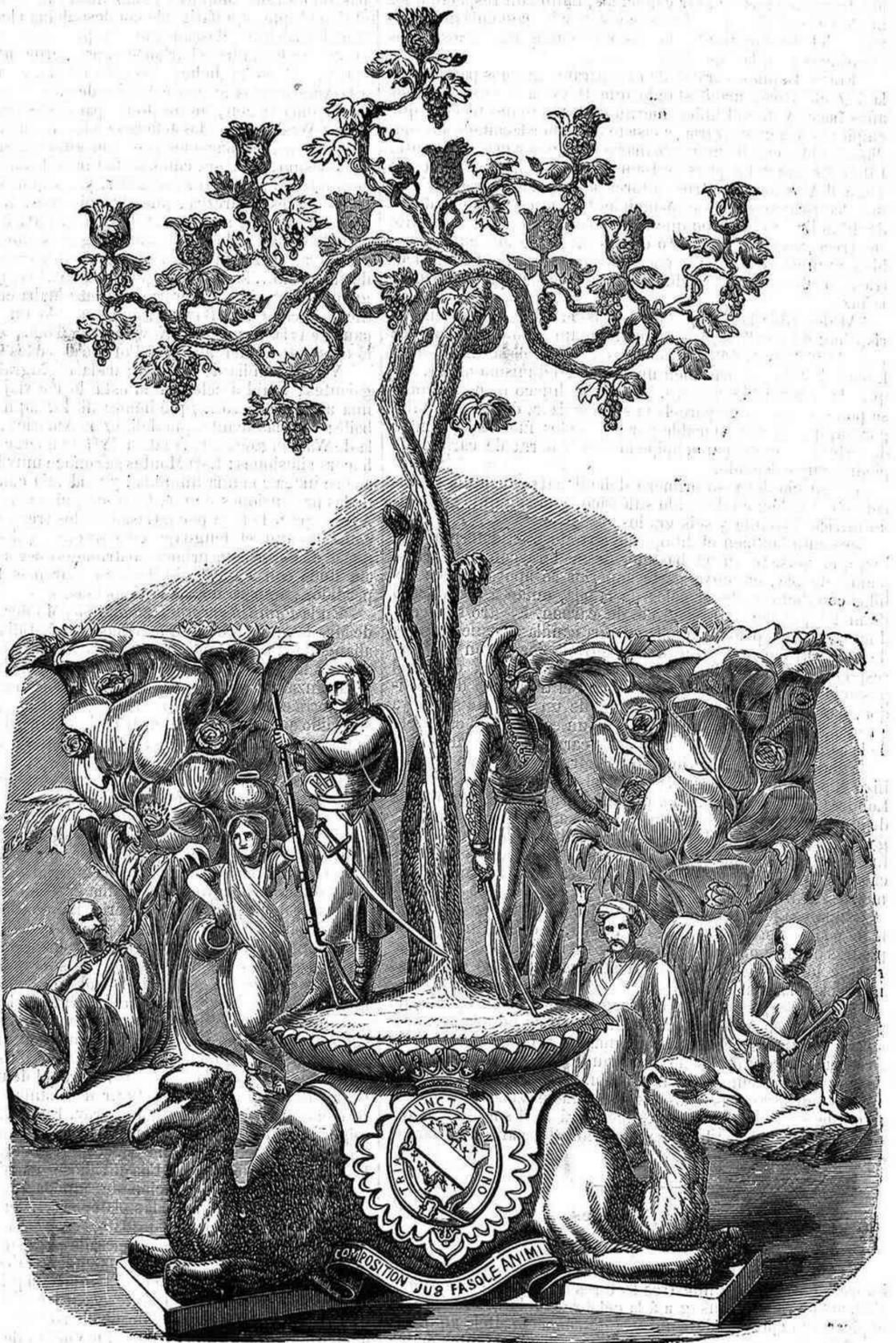
me aconsejes despues.

—Bien, hombre, aguardaré; pero has despertado en mí una curiosidad tan grande por saber tus males, que hasta tanto que los sepa no estaré con sosiego. Yo bien sé que al cabo y al fin será ese uno de los muchos lances que te se presentan á cada momento, y que no valen siquiera la pena de mencionarlos.

—Te engañas esta vez. Lo que me sucede hoy es todo lo peor que pudiera sucederme; el mal mas grave y mas temible que pudiera sobrevenirme. ¿Recuerdas hace tres años mis relaciones con Matilde, la hija de?...

—Sí recuerdo; ¿y qué tenemos con eso? le respondí. Ya hace mucho tiempo que la olvidaste; al menos yo estaba en la inteligencia de que no habías vuelto á acordarte del santo de su nombre.

—Precisamente hasta hoy ha sucedido lo contrario, la he querido mucho; pero ya me es imposible: escucha. Tú sabes las relaciones de amistad que unían á mi familia con la de Matilde, amistad que me valió la entrada en su casa y el que entablase relaciones con ella, previo consentimiento de los papás. Pues bien; cuando esto sucedía tendria ella poco mas de quince años, y yo diez y ocho escasamente, de modo que nuestras relaciones, por mas formalizadas que estuviesen, no venían á ser otra cosa que un pasatiempo. Yo, sin embargo, la quería mucho: entonces era muy bonita, lista, despejada; en fin, ya recordarás su fisonomía, y que era una muchacha encantadora. Pero cuanto mas entusiasmados estábamos, hé aquí que sus padres tienen que emprender un largo viaje con dirección á nues-



Candelabro y jarrones de plata cincelada.



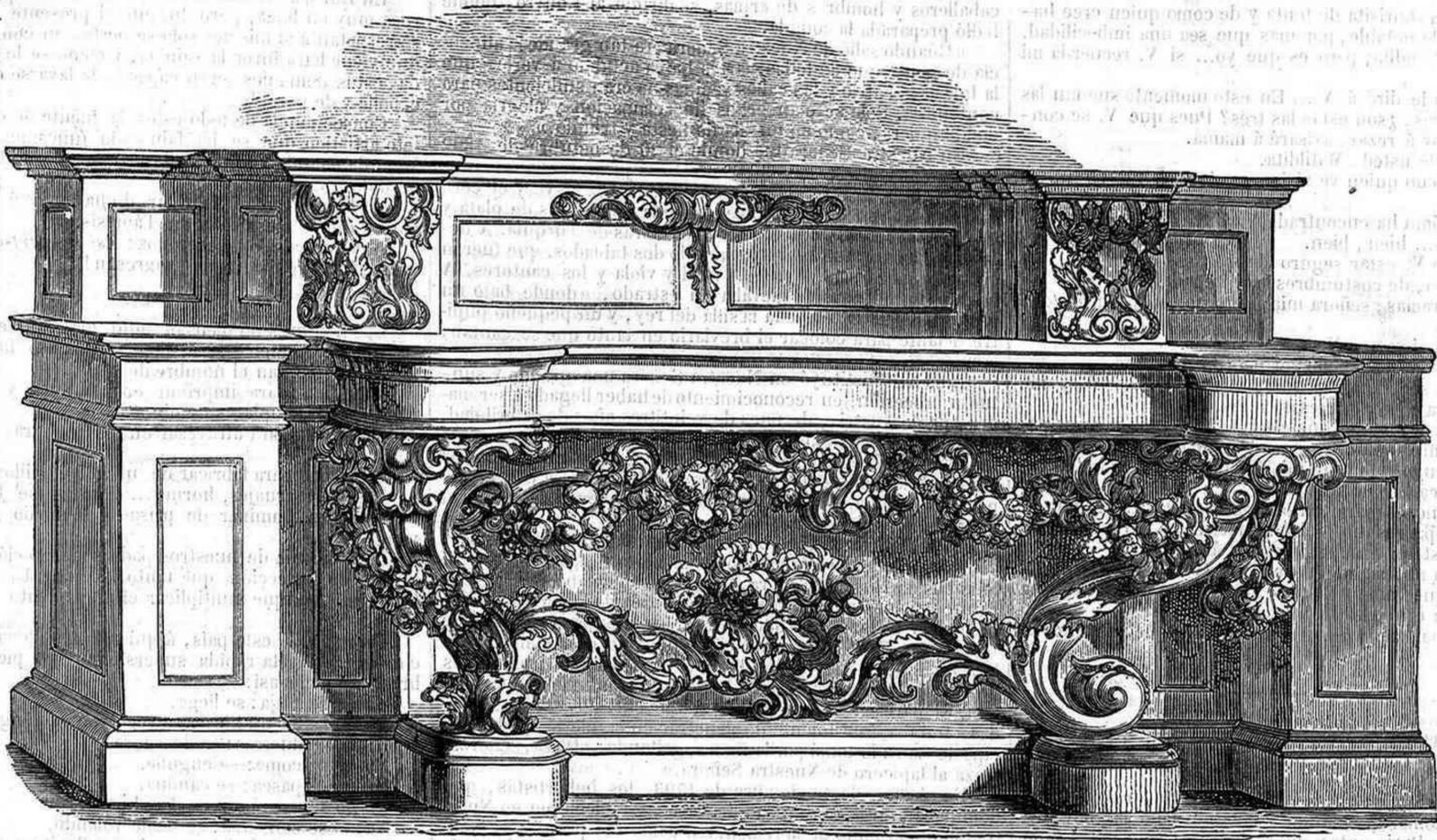
Vaso esculpido en piedra.

de, dí mi palabra de no verificar mi enlace con otra que no fuera ella. En este estado las cosas, depositaron á Matilde en el convento y ellos emprendieron su viaje. Traté de averiguar en seguida si podría escribirle y tener correspondencia, toda vez que así lo habíamos convenido; pero la superiora del convento apresó la primera, la segunda y la tercera de mis cartas, enviándome á decir por escrito que no continuase dirigiendo esquelas á Matilde, porque ninguna llegaría á sus manos; en lo cual ella, añadía, no hacía otra cosa que cumplir con su deber. Bastante pena me causó esta noticia, porque te repito que entonces la quería demasiado; pero ante los obstáculos que se oponían, me resigné con mi suerte aguardando á mejores tiempos; y desde aquella fecha, si te he de ser franco, poco, muy poco, salvo los primeros días, me he vuelto á acordar de Matilde. Mi vida ya la conoces tú: cada mes nuevos amores, cada día nuevos engaños, y cada instante nuevos desengaños. El resultado de esto, amigo mio, ha sido que todo me cansa y me fastidia; ya en nada encuentro saz ni recreo; tanto, que hace un mes, pensando yo sobre la mentira y la farsa que tan en boga están hoy por estos mundos, recordé á mi Matilde, la cual, decía para mí, era antes la virtud personificada; y debe serlo hoy mas, porque, ajena á esta sociedad que de día en día va perdiendo, y con la educación religiosa que habrá recibido en el convento, no conocerá el engaño ni la mentira, el podrá un hombre ser con ella feliz. Pero una cita que al propio tiempo recibí me hizo olvidar estos pensamientos, y una vez desechados no han vuelto á ocupar mi imaginación. Hasta aquí ya conocerás que nada hay de malo. ¡Quiera Dios darme fuerzas para el resto de la historia, que aquí entra lo peor!

Ayer me disponía yo para ir á la Granja, donde aun quedan unas amigas mías, las cuales me invitaban á un baile que dan esta noche en el jardín de su quinta; pero héte aquí que



La vieja del Prado.



Bufete de madera esculpida.



Servicio de plata cincelada para té.

recibo la siguiente carta de la mamá de Matilde y me lo impide.

«Mi querido Félix.—Después de tres años y dos meses de ausencia, hemos dado la vuelta á Madrid; y como entre las personas que nos honraban con su visita, era V. una y á la que mas apreciábamos, se lo aviso á V. por si gusta vernos, en la inteligencia de que encontrará como siempre á su afectísima amiga, Q. B. S. M.

D. DE L.

«P. D. Matilde está ya con nosotros: he tenido la satisfacción de encontrarla buena y hecha una mugercita.»

No puedes figurarte la sorpresa que me causó esta carta: me decidí á visitarla, y al efecto me atavié convenientemente: al cabo de dos horas bajé á la Puerta del Sol, alquilé un carruaje, le dí las señas de la casa al cochero, y en breves minutos me encontré en la puerta. Llamé y me anuncié; pasaron recado, y la misma señora salió á recibirme.—Estrano, me dijo, la poca confianza de V.: antes no necesitaba pasar recado, sino que cuando venia, su costumbre era de entrar y anunciarse á sí mismo. Me disculpé del modo que pude, y acto continuo pasamos al gabinete. Allí, y entre tanto que Matilde concluía con el tocado y salía á verme, me contó todo su viaje: después comenzó á reiterarme las seguridades de su cariño, tratando de resucitar mis amores con su hija; y como yo no evadiese la cuestion, tuvo el atrevimiento de interrogarme acerca de si estaba ó no dispuesto á cumplir la palabra que dí anteriormente á la niña, y de paso ensalzó las virtudes y el mérito de esta, pintándomela de tal modo, que yo absorto y fascinado no pude menos de confirmar mi palabra, aun cuando para mas adelante, siendo así que todavía era demasiado temprano para llevar á cabo un compromiso de tan grave naturaleza, y del cual dependía nuestra futura felicidad.

A ella sin embargo no satisfizo del todo al todo mi contestacion; por lo visto, su pensamiento era llevar al vapor nuestro enlace; yo le

manifesté que todo era prematuro; porque Matilde podría haberse olvidado de mí y no guardarme el mas ligero átomo de cariño. Pero para esta señora no habia dificultad: evidentemente Matilde me querría, y solo faltaba semejante seguridad por mi parte.

La impaciencia porque reconociera á la niña creció de todo punto, y acto continuo se levantó y marchó en su busca: al cabo de algunos instantes Matilde apareció sin su madre.

¡Ay amigo mio, qué facha tan desagradable! Figúrate por un momento ver venir á una joven despacio, con los brazos cruzados, postura que no varió sino para

tenerlos en la cintura, con las manos cruzadas, la cabeza algo inclinada hácia el pecho, el pelo todo recogido y echado hácia atrás, con un vestido de merino color de café y una manteleta de lo mismo, ni mas puños, ni mas cuello, ninguno de esos adornos que tan bien hacen á las señoritas. Al momento de entrar me puse en pié: ella por su parte, sea V. bien venido, me dijo, y tomó asiento en un vis á vis.

—¿Cómo está V., Matilde, y cómo le ha ido á V. por el convento? la pregunté.

—Bien, le he pasado regular; y todo esto con la vista fija en el suelo.

—¿Estrañará V. ahora á Madrid, eh?

—Sí, sí.

—Eso es consiguiente, añadí; después de tres años de una vida tan silenciosa y tranquila, este bullicio le causará á V. estrañeza; pero dentro de poco...

—Sí, sí, ya nos acostumbraremos.

Yo temia insistir en preguntarle, porque las contestaciones no pasaban de sí ó de no; ponte en mi lugar y conocerás cuán imposibilitado me hallaria de recordarle nuestros amores; pero no obstante la dije:

—¿Me ha olvidado V. ya? ¿No recuerda V. nuestro?...

—Sí recuerdo; pero V. será como todos los hombres: así me lo tiene dicho la madre priora.



Fra. klio.

Esto con una sonrisita de tonta y de como quien cree haber dicho algo de notable, por mas que sea una imbecilidad.

—Gracias, Matildita; pero es que yo... si V. recuerda mi carácter...

—No, no, yo le diré a V... En este momento suenan las tres. Ay... las tres, ¿son estas las tres? Pues que V. se conserve bueno, y ay a rezar, avisaré a mamá.

—A los pies de usted, Matildita.

—Quedéme como quien ve visiones: al poco rato volvió la madre.

—Vamos, ¿cómo ha encontrado V. a Matilde?

—Señora, yo... bien, bien.

—Pues puede V. estar seguro de que se casará con una señorita religiosa, de costumbres irreprochables.

—Gracias, gracias, señora mía; pero no estoy por tanto ni por tan poco.

—¿Con qué, así rompe V. con lo pasado?

—Señora, es que no puede ser peor lo presente.

Y diciendo esto, tomé el sombrero, me despedí, y me faltó tiempo para correr por esas calles.

Pero lo peor de todo es que esta mañana, mis señores padres me han llamado a su presencia y me han intimado el que forzosamente tengo que unir mi suerte a la de Matilde. Yo, antes que verificarlo, me suicido.

—El suceso no es para tanto, hombre; ya trataremos de arreglarlo: tus padres no podrán insistir en tal propósito.

—Si que insisten; son aragoneses y basta.

—Esta última noticia me hace dudar ya del éxito de mi proyecto. Con que, amigo, le dije, entre una coqueta ó una niña educada en un convento, ¿qué prefieres?

—Ninguna; porque profeso la máxima de que *ni tanto ni tan poco*.

E. C.

Recuerdos de Nuestra Señora de París.

Curioso sería el relato que pudiéramos hacer de las importantes ceremonias que se han celebrado bajo las bóvedas de la catedral de París antes de la inauguración del 1.º de enero de 1832; pero como este trabajo excedería los límites de nuestro periódico, nos contentaremos con manifestar algunas particularidades de la historia secular de Nuestra Señora.

Comenzada en 1143, la basílica metropolitana estaba todavía por concluir cuando Felipe el Hermoso entró en ella para dar gracias á Dios por una gran victoria. El 8 de agosto de 1304 había triunfado de las comunidades flamencas, pero estas se habían repuesto aquella misma noche y habían llegado hasta su senda, por lo cual hubo que empezar de nuevo el combate. De regreso á París, Felipe IV entró en la iglesia á caballo, vestido con la incompleta armadura que llevaba en el momento en que había rechazado el segundo ataque de los habitantes de Bruges y Gante. No llevaba ni briga ni escarceles. Las únicas armas que le cubrían eran el casco, los guanteletes, la espada y el blasonado escudo. Hizo donación de 100 libras para la fundación de una fiesta anual, y quiso que su estatua ecuestre fuese colocada en la estremidad de la nave, enfrente de la capilla de la Virgen. Ese monumento se hallaba todavía en pie en tiempo de Luis XV, y grabada en el zócalo se leía una inscripción, cuya traducción es como sigue: «El rey Felipe el Hermoso, después de haber vencido á los flamencos en Mons en Puelle, queriendo dar pública acción de gracias á Dios y á la Santa Virgen por la victoria que había conseguido, entró en esta iglesia montado en el mismo caballo y vestido con las mismas armas que usó en el combate. Hizo erigir esta estatua ecuestre, en que se halla representado tal como entró en la iglesia, para que sirviese de monumento conmemorativo. Año 1304.»

Desde esa época no ha habido ninguna entronización, victoria ó gran acontecimiento que no se haya celebrado con fiestas en Nuestra Señora. Por veneración á un privilegio reconocido desde el siglo IX, los reyes iban á recibir el óleo santo á Reims, pero parecía que faltaba alguna cosa á su consagración cuando dejaban de asistir á una misa solemne celebrada en la iglesia metropolitana de París. Allí oían invariablemente el *Te Deum*, cuyos antiguos ritos fijan las formalidades del modo siguiente:

«Cuando se canta un *Te Deum* en Nuestra Señora es siempre con música y sinfonia, y el señor arzobispo de París es el que lo entona desde su trono, revestido con las vestiduras pontificales. Todas las corporaciones, invitadas de parte del rey por el gran maestro de ceremonias de Francia, asisten al *Te Deum*. A la derecha del santuario se colocan los arzobispos y obispos; bajo el trono del señor arzobispo, el canceller de Francia acompañado de todo el consejo; á la derecha, á la entrada del coro, el señor primer presidente, el gobernador de París y los presidentes y consejeros del parlamento, y en los escaños mas bajos los oficiales del mismo parlamento. A la izquierda, á la entrada del coro, el primer presidente del tribunal de cuentas y los presidentes y oficiales mayores de cuentas; en seguida el primer presidente, los presidentes y consejeros del tribunal de subsidios y el preboste de los mercaderes con los regidores, y en los escaños bajos los oficiales de la ciudad.

«Todo el capítulo, precedido de sus suizos y ugières, se dirige hacia el rey, que el señor arzobispo conduce bajo un solio preparado en medio del coro.

«Después de la rendición de París, el martes 22 de marzo de 1564, Enrique IV se encaminó directamente á Nuestra Señora, donde, dice P'Étoile, había dicho que deseaba oír misa.» Iba á caballo, rodeado de una multitud de caballeros, y de quinientos ó seiscientos guardias armados de coseletes y rodela. Vitry y d'O, que habían tomado la delantera, hicieron plaza al cortejo dispersando á unos cincuenta revoltosos y haciendo arrojar al Sena veinticinco ó treinta lansquenets. El cardenal de Gaudi, obispo de París, había sido desterrado por el partido de los Diez y seis. Enrique IV fué recibido por el arcobispo Dreux, y besó humildemente la cruz que le presentaba el sochantre. Aquel hombre murió aquella misma noche, acometido de una súbita enfermedad, «lo cual fué atribuido á castigo del cielo, por los enemigos del nuevo rey.»

«Enrique IV oyó la misa y el *Te Deum*, con música, canto y órgano: después, siempre á caballo y acompañado de sus

caballeros y hombres de armas, se dirigió al Louvre, donde halló preparada la comida.

«Cuando salió de Nuestra Señora era tan grande la afluencia de gente que de todas partes había acudido á verle, que la Iglesia, el atrio y las calles vecinas no eran suficientes para contenerla. Solo se oían gritos de aclamación y alegría por donde quiera, como en un día de fiesta y triunfo.»

En Nuestra Señora fué donde el 20 de octubre de 1602 los diputados de los cantones helvéticos juraron alianza entre la Francia y la Suiza. En aquella ocasión la nave y el coro habían sido vestidos de tapices de seda recamados de plata y oro. El piso estaba cubierto con alfombras de Turquía. A derecha é izquierda se habían levantado dos tabladros, que fueron ocupados por los tocadores de laúd y viola y los cantores. A la entrada del coro se elevaba un estrado, «donde bajo un rico dosel estaba colocada la silla del rey, y un pequeño pupitre delante para colocar el breviario en tanto que se cantaba la misa.»

Luis XIII instituyó en Nuestra Señora una grande y suntuosa procesion, en reconocimiento de haber llegado á ser madre Ana de Austria, después de veintitres años de esterilidad. Dicha procesion tuvo efecto por primera vez el 18 de agosto de 1638, y se repitió anualmente hasta la revolucion. Daba la vuelta alrededor de la Cité, llevando á la cabeza á los príncipes, los tribunales soberanos y las corporaciones de la ciudad de París.

Luis XIV fué pródigo en funciones de *Te Deum*: todas las victorias que ganaron sus generales fueron regularmente celebradas en Nuestra Señora, la cual se adornaba siempre con catorce tapices que representaban la vida de la Virgen, y habían sido hechos en 1636 según los dibujos de Felipe de Champaña. En 1693, después de la derrota de los aliados en la Marsaille, se añadieron á los acostumbrados adornos haces de banderas conquistadas en Fleurus, Sheinkerke y Neerwinden. El mariscal de Luxemburgo, vencedor en esas tres batallas, trataba inútilmente de penetrar en la iglesia, y el príncipe de Conti lo tomó por la mano, gritando: «Plaza, señores, plaza al tapicero de Nuestra Señora.»

En el mes de noviembre de 1793, los hebertistas, que dominaban en la comunidad de París, establecieron en Nuestra Señora el culto de la Razon. Su caída fué pronta: la convencion nacional derribó el nuevo altar, y la catedral de París permaneció cerrada hasta el concordato de 1802. El 2 de diciembre de 1804 vió renacer para la coronación de Napoleon todas las magnificencias de la monarquía caída. Se siguieron minuciosamente los antiguos ritos del *ceremonial francés* de Denis Godefroi. El papa Pio VII, rodeado de cardenales, arzobispos, obispos y todas las grandes corporaciones del estado, esperaba al emperador y á la imperatriz.

Al apearse del carruaje, Napoleon fué á vestirse en el palacio arzobispal sus ornamentos imperiales. Después entró triunfalmente en el templo por la puerta principal. Delante de él marchaban, mediando diez pasos de distancia entre cada grupo, los ugières y los heraldos de armas, los pajes, los ayudantes de ceremonias y los mariscales, llevando la corona, el cetro y la espada de Carlomagno, el collar, el anillo y el globo imperial. La cola del manto del emperador iba sostenida por príncipes. En seguida fué conducido con el cetro en la mano á un trono levantado en el fondo del coro; desde allí el gran limosnero, un cardenal y un obispo le condujeron al pie del altar, donde el soberano pontífice le consagró con tres unciones, una en la frente y las otras dos en las manos.

De vuelta á su trono, Napoleon prestó el juramento constitucional, y juró emplear su poder en gloria y felicidad de la nacion. Sus Majestades volvieron en seguida al altar para tomar allí los ornamentos imperiales, el anillo, la espada, el manto, etc. Iban escoltados del archicanciller, el architesoro, el gran chambelan, las damas de honor, las azafatas, el gran mariscal de palacio, el gran escudero, y una multitud de otras dignidades de nueva creacion que tenían que figurar en las tradiciones ornamentales. Concluida la ceremonia, Pio VII volvió á conducir á Napoleon hasta el trono, le besó en la mejilla y se volvió hacia el auditorio para decir en alta voz: *Vivat imperator in aeternum*. Los asistentes respondieron, según lo tenía marcado el ceremonial: «¡Vivan el emperador y la emperatriz!» La ceremonia terminó con un *Te Deum*.

Dos nuevos *Te Deum* señalaron el matrimonio de Napoleon con María Luisa y el nacimiento del rey de Roma; pero bien pronto la gran campana de la vieja basílica volvió á sonar para otros soberanos. El 3 de mayo de 1814 los Borbones salieron de Saint Ouen y se encaminaron directamente á Nuestra Señora, donde fueron recibidos con las formalidades de estilo.

La iglesia metropolitana fué lujosamente adornada para la ceremonia del bautismo del duque de Burdeos. Delante de la fachada principal se elevaba un pórtico de ese estilo sin nombre que pasaba entonces por imitación fiel de la arquitectura gótica, y el cual se hallaba flanqueado de galerías cuyos frisos y pilares sostenían los escudos de las buenas ciudades de Francia. Esos mismos escudos se reproducían en el interior sostenidos por Famas. Alrededor de los pilares de la nave, revestidos de gasa de oro, serpenteaban guirnaldas de rosas. El coro estaba cubierto de terciopelo carmesí. El bautismo se celebró con gran pompa el 1.º de mayo de 1821.

Los *Te Deum* del reinado de Luis Felipe hicieron poco ruido. La ceremonia más notable celebrada en Nuestra Señora fué la de las exequias del duque de Orleans.—E. DE LA BEDOILLIERE.

LA CHINA EN LA ESPOSICION.

Donde se da fin á la traducción del informe del sabio Kin-fao-lit-sa, primer abaniquero del Celeste Imperio.

Se me olvidaba hablar de la fuente de cristal. Es un monumento formado de vidrio, que toma aquí por conveniencia ó por orgullo el nombre de una materia mas noble. Esta fuente derrama á torrentes agua de colonia. Así se llama un perfume bastante equívoco, que estuvo en moda hace muchos años.

Parece regular que un perfume sea siempre perfume: pues no señor. En la China, por ejemplo, la rosa embalsama hoy el aire y las narices, como lo embalsamará siempre, mientras haya narices, aire y rosas.

En Europa sucede lo contrario. El año pasado estaba la rosa muy en boga, pero durante el presente, las damas que se respetan á sí mismas solo se perfuman con jazmin. El año que viene hará furor la vainilla, y como se le antoje á la moda, estos demonios serán capaces de lavarse con esencias de cebolla y de perejil.

Consecuencia de todo esto: la fuente de cristal es un objeto artístico que se ha fabricado únicamente para que el agua de colonia vuelva á adquirir la preponderancia que ha perdido.

Ya han llegado á fabricar dicha agua á un precio mas barato que la clasificada del Támesis.

A esto dicen los filántropos: *Así se perfumarán los pobres.* ¡Y luego dicen que progresan!!!

IX.

Los hombres no piensan aquí mas que en una cosa: en suprimir el tiempo y la distancia. Por eso han inventado el humo, al cual dan el nombre de vapor.

Máquinas para imprimir en un abrir y cerrar de ojos millares de ejemplares de obras.

Máquinas para atravesar en pocas horas centenares de leguas.

Máquinas para fabricar de un golpe millones de objetos. Barcos, carruajes, hornos... el vapor se ha metido por todas partes. Caminar de prisa es el medio mas seguro de vivir poco.

La sabiduría de nuestros padres despreció siempre estos medios de perfeccion que tanto halagan á los estúpidos de Occidente, porque multiplicar el movimiento no es multiplicar la vida.

Un sabio de este país, á quien llaman loco, se lamentaba conmigo de esta rápida supersticion que pierde á los hombres. Me decía así:

Ya no se viaja: se llega.

Ya no se lee un libro: se recorren sus páginas.

Ya no se duerme: se descansa.

Ya no se come: se engulle.

Ya no se pasea: se camina.

Ya no se oye: se escucha al paso.

Ya no se conversa: se habla volando.

Se suprime todo lo que exige reflexion y sentido comun; todo lo que necesita tiempo, trabajo y placer, todo se lleva á escape. Vapor, vapor... y siempre vapor. ¡Idiotismo, necedad y atraso perdurable!

X.

En la Esposicion figuran las pelucas, parte integrante del talento europeo: tan cierto es esto, que por el tamaño de cada una de ellas se sabe á punto fijo los puntos de sabiduría que calza el individuo á que pertenece. La cabeza en estas latitudes representa muy poca cosa; la peluca es el todo.

Estos bárbaros llegan muy temprano á la calvicie, y por eso procuran reemplazar sus cabellos con otros ajenos. Y como su manía perpetua es creer que se puede imitar á la naturaleza, resulta que han inventado la peluca.

Porque es preciso saber que aquí todo se inventa. Entre las invenciones mas notables merecen particular mencion las siguientes:

Los dientes postizos;

Los autores dramáticos;

El mirriñaque para las mugeres flacas;

Los periódicos políticos, ó sea el medio seguro de no saber nunca la verdad;

Las arpias nocturnas;

Los prestamistas ó ladrones diurnos;

Las diligencias á legua por hora;

Las botas con suela de corcho;

Las madres tontas;

Las hijas necias;

Los cafés;

La lotería.

Solo se inventa lo inútil; por eso abundan en Europa los explotadores y los explotados, ó lo que es igual, los mulos y los arrieros.

Nada mas tengo que decir: si llego á volver á Occidente, escribiré una obra para probar á sus habitantes que cuanto mas progresan, mas atrasados están.

Aquí da fin el informe, que puede reasumirse así:

El que se apresure, morirá: no hay perfeccion posible en este picaro mundo: los bárbaros siempre serán bárbaros.

Tal es la opinion del insigne abaniquero Kin-fao-lit-sa, comentador de Confucio, sobre la Esposicion en Londres de los productos de la industria universal.

No nos corresponde discutir acerca de sus conclusiones. Lo único que podemos añadir es que, vuelto á su patria, empezó inmediatamente á pintar monstruos, fantasmas y diablos verdes, á los cuales iba poniendo al pie conforme los escribía; inglés, ruso, austriaco, norte-americano, español, etc. etc.

También se sabe que el mandarín, su amo y señor, le premiá, dándole por cruz un boton de cristal.

ITEM.—Encontró á su llegada fieles á sus dos mugeres.

EL RUBIO DE NAMUR.

NOVELA ESCRITA EN ALEMÁN

POR ENRIQUE ZSEHOCKE,

traducción directa y libremente al castellano

POR SANTOS FERNANDEZ LINARES.

CAPITULO XX.

En que se revela el poderoso motivo que obligó al héroe de esta verídica historia á visitar sus posesiones de Laure, y se da cuenta de otras muchas cosas curiosas y de sabroso entretenimiento.

Es cosa de todos sabida y de tiempo inmemorial, que el dinero es indispensable requisito para viajar, y mucho mas tratándose de recorrer el mundo á la ventura. Así es que lo primero que ocurrió y puso en planta el nuevo señor de Laure antes de llevar á cabo su osado intento, fué visitar sus

ricas posesiones para asegurarse del estado de la caja á cargo de su humilde servidor Martin Crispin.

No es cosa de gastar papel ni tiempo en describir al por menor el viaje que con tal ánimo emprendió, puesto que casi nada le ocurrió en él digno de narrarse, como no sea el afán con que se le vió asomarse á cada momento á la ventana del coche, por si acaso descubría los renegridos muros del soñado castillo de Charmes.

Llegado que hubo á la ciudad de Albi (provincia del Langüedoc) se detuvo para reconocer despacio las cercanías de Gaillac, y poder tomar así posesión de Laure con el debido conocimiento de causa. Al efecto salió por la tarde á paseo, y se dirigió hacia una colina situada á unas dos millas de la población, desde donde se descubre á la vista del viajero un paisaje encantador, viéndose á un lado todo el bonito caserío de Albi, entre otras cien posesiones á cual mas pintorescas. Bajóse del carruaje para subir la cuesta que conduce á la eminencia, y mandó al cochero le siguiese despacio. Apenas habia llegado á su mitad, cuando vió venir una carretela tirada por cuatro soberbios alazanes y escollada por un piquete de caballería, pero con tal prisa, que apenas le dió tiempo para quitarse de en medio. Echó sin embargo una rápida ojeada sobre los viajeros, y vió ó creyó ver con gran sorpresa al enjuto y amarillento caldeo, en animada plática con quien nunca pudo figurarse, con su encantadora María. Como petrificado quedó el Rubio de tan extraordinaria aparición: restregóse los ojos por si su vista le engañaba, y siguió de nuevo con ella la dirección de la comitiva; pero todo habia ya desaparecido, dejándose apenas oír el lejano ruido del carruaje y el trotar de los caballos. Retrocedió entonces precipitadamente, y gritó á su cochero para tomar á todo escape la vuelta de Albi; mas no permitiendo la estrechez del camino el pronto cumplimiento de sus órdenes, rodó mas que corrió la cuesta abajo, aunque sin distinguir por eso á los viajeros, hasta caer casi sin respiración al pié de un árbol.

Pasaron en esto otros cuantos ginetes al galope, que acortaron las riendas al verle, y acercándosele uno de ellos que parecia capitanearlos:—¿Habeis visto, le preguntó, un coche que ha debido bajar por aquí hace muy poco, ocupado por un caballero de alguna edad y una señora?

L' Blond contestó afirmativamente, y queria tambien á su vez interrogar á su interpelante, pero la gran prisa y aun angustia que manifestaba este no le dió lugar á ello.

—¿Y gritaba la señora? continuó.

—No oí nada.

—¿Le habrian quizá tapado la boca?

—Creo que no, repuso L' Blond.

—¿Y usted no pudo observar si procuraba sustraerse de manos de su raptor?

—¡Raptor! exclamó L' Blond frunciendo las cejas y con acento de concentrado despecho, pareciendo acometido súbito de un vértigo.

—¿Que dirección tomaron?

Pero L' Blond ya no podia mas, y hubo de contentarse con que la mano supliese á la lengua, indicándole por señas el camino por donde los vió desaparecer, que á todo escape tomaron sin mas cumplido los de á caballo.

—¡Robada por el caldeo! se decía á sí mismo en el exceso de su dolor, y fulminando contra él cuantos anatemas é imprecaciones le dictaron sus celos. Es verdad que tambien le ocurrió que un rival de trescientos doce años no debia ser muy temible, y esto mitigó un tanto su martirio; mas, ¡quién podia fiarse de un brujo!

Luego que llegó el coche subió á él y regresó á la ciudad á buen paso. Pero ¿adonde ir? se preguntó cuando hubo vuelto algo en sí. Viajar de noche por un país desconocido no parecia lo mas cuerdo; al paso que deteniéndose en Albi, podria tal vez adquirir algunas noticias del paradero del caldeo y de María, que tanto le interesaba. Estúvose pues á lo segundo, y fué á hospedarse en la fonda. Sin embargo, sus indagaciones por aquel dia no tuvieron resultado alguno, á pesar de haber asistido á un concierto público.

CAPITULO XXI.

Ultima aparición del caldeo.

Si grande era la tristeza que, sobre la separación, le causara el rapto de su adorada María, mayor debió ser el cansancio que le ocasionara el viaje, ya que á pesar de ella diz que durmió profundamente aquella noche. Mas apenas rayaba el inmediato dia, se sintió despertar bruscamente, y al abrir sus ojos, vió con gran sorpresa los centelleantes ojos de Abubeker á la luz de dos bujías que sostenian dos doncellas de la fonda.

—Señor L' Blond, prometí á usted volverle aun á ver otra vez, y ya ve cómo cumplo mis palabras.

—Me alegro infinito, repuso el Rubio, que miraba de hito en hito á su matutino despertador, ni mas ni menos que si fuese una fantasma. Pero, señor Abubeker...

—Silencio, interrumpió este poniendo el índice de su diestra ante la boca. Entre los franceses, mi nombre es francés; mi apellido es *Saint Valerien des Anges*.

—Perfectamente, señor *Saint Valerien des Anges*; pero...

—He concluido la obra que me propuse realizar en su obsequio, y ahora me marcho á Irlanda para pulverizarme en las llamas del Hecla y fundir la piedra filosofal.

—¡Soberbio!, señor *Saint Valerien*: ¿y necesita usted sin duda que le auxilie en la pulverización la señorita de Fano? no es esto?

—¿Qué disparate!

—Será cuanto usted quiera; pero es lo cierto que usted me ha robado á la muger que mas amo en el mundo, mi verdadero tesoro, mi dicha, mi felicidad... pero; ¡adónde voy!... permítame usted le suplique me devuelva á mi María, y yo le cederé en cambio todas las riquezas que me ha proporcionado.

—¡Yo robarle á usted á la señorita de Fano! Vamos, veo que no está en su sano juicio. ¿Y quién le ha contado semejante desatino?

—¿Que quién me lo ha dicho? nadie: lo han visto mis propios ojos; ayer pasó usted con ella á escape por sitio donde yo estaba; ¿quiere usted mas?

—Celos tan ridículos como inútiles: mi ánimo solo ha sido traerla á su encuentro. Yo estoy casado con una hada del

monte Cáucaso. Si me fuese dable encolerizarme, castigaria cual se merece su temeraria sospecha. Pero dejemos esto á un lado: necesito aprovechar los cortos momentos de que me resta disponer. Tengo la satisfacción de anunciarle que su fortuna está labrada, y espero disfrutar de ella con la prudencia de un sabio. Le recomiendo muy eficazmente no habble jamás de su diabólico ensueño, ni de los medios que le han conducido á la brillante posición que hoy ocupa, pues la menor indiscreción sobre una ú otra cosa le costaria la vida.

—¿No entiende usted?—En el momento que osare infringir este consejo, aunque me encontrara á mil leguas de distancia, cualquiera de los espíritus que sirven bajo mis órdenes le arrebatara por los aires y le precipitaria en el flamante cráter del Hecla.

—No quisiera molestarle demasiado, ¿pero y María?

—Sabe que está usted aquí.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Si mi arte no hubiese bastado para semejante bagatela, le hubiera sabido en el concierto de anoche, donde le vi á usted.

—Pero ¿y ella dónde se halla?

—Todo se consigue con paciencia. Hoy mismo recibirá usted una invitación: acéptela, y lo demás será obra del tiempo. Conque, adiós, L' Blond; sea usted feliz *calando*. Y diciendo y haciendo desapareció de la estancia con una velocidad admirable.

Fuera de sí L' Blond con las noticias de su protector, pero no satisfecho cumplidamente de sus palabras, saltó incontinenti de la cama, y echándose alguna ropa salió precipitadamente de la alcoba en pos del caldeo, gritando sin cesar á los criados fuesen en su busca, con ánimo á lo que parece de saber adónde iba, y si le acompañaba una jóven. Aunque el señor de Laure principiaba á dar crédito á las palabras de este hombre sobrenatural, le atormentaban demasiado los celos, pues á su entender la hija de Fano valia mas que una liada del Cáucaso con cincuenta años en cada pierna. Sus esfuerzos empero todos fueron en vano, pues ni él ni los criados pudieron encontrar á *Saint Valerien*, á pesar de haber recorrido todas las calles de la ciudad, cuya población aun dormia.

—No le quedaba pues otro recurso sino confiar en las promesas de Abubeker. Si esta vez no me engaña, decía para sí, indudablemente es todo un hombre de bien, y me obligará á creer en sus trescientos doce años de edad, en su Cáucaso, en su pulverización de la piedra filosofal al fuego del Hecla, y aun si se quiere, que no ha pasado de un sueño la aventura de Charmes. Con suma lentitud pareció á L' Blond trascurrir las horas de la mañana, porque esperaba con ansia la invitatoria que le anunciara el caldeo; y así es que casi toda ella la pasó asomado á las ventanas de su habitación, por si descubria al encargado de llevarsele.

Hacia el mediodía le pasaron recado de una persona que pretendia verle. Latióle entonces el corazón con violencia: presentóse un caballero bien vestido, y le suplicó con la mayor finura en nombre del arzobispo le acompañase á comer en su palacio. Aceptó el convite L' Blond, aunque con algun recelo, puesto que no acertaba la causa que hubiera podido mover á S. E. para convidar á su mesa á un desconocido. ¿Seria esto acaso una nueva jugarreta del caldeo para ganar tiempo y poner á María cómodamente fuera de su alcance? Sin embargo era preciso, y se resignó á cumplir su palabra.

Por lo demás, nada le importaba el convite, que desde su soñada estancia en el castillo de Charmes no le costaba el menor trabajo representar el papel de todo un aristócrata, y no podia por tanto infundirle ningun temor la corte del arzobispo.

Apenas habria pasado una hora le anunciaron le esperaba á la puerta el coche de S. E., donde cabalgó el señor de Laure vestido con suma elegancia, aunque en traje de camino, viniéndose á bajar ante la puerta del jardín del palacio arzobispal.

CAPITULO XXII.

Finis coronat opus.

Paseábase á la sazón el arzobispo por el jardín en compañía de varios caballeros, pues el dia convidaba á ello. Despues que se trocaron los saludos y cumplidos de etiqueta, giró la conversacion sobre el recién llegado, á quien todos parecia conocer, á juzgar por lo mucho y hien que hablaron de su magnífica posesión de Laure, y por el desenfado con que manifestaron su sentimiento de que hubiese tenido que ausentarse tan pronto su amigo.

En esto se adelantó hacia L' Blond uno de ellos de cabello gris, noble continente y aire marcial, aunque cojo, y le dijo: —Nosotros debemos conocernos mas de cerca, pues por la compra de la finca de Laure hemos venido á ser los vecinos mas próximos. Soy el general de Fano. Mi hija me ha dicho le conoció á usted ya en Namur.

Cambióse súbito el color del rostro de L' Blond como si hubiese sido herido de una chispa eléctrica, lo cual observó de Fano y aun le dió á entender con maliciosa sonrisa. —Deme usted su brazo para apoyarme, continuó. Mi hija está en aquel cenador que se ve ahí enfrente: bien que ya sabe usted se halla en mi compañía.

La sorpresa que le ocasionara al Rubio tan agradable como inesperado incidente, vino á ser reemplazada por un temblor nervioso tan pronunciado, que no parecia mas sino que le habia acometido una violenta fiebre. No negó el conocimiento que habia hecho de María en Namur, ni tampoco otras muchas cosas que con destreza le hizo confesar de Fano, y que no podian negarse. Con lo que repuesto un tanto, añadió con algo mas de valor. —Siento que mi amigo *Saint Valerien*, no le haya dicho ya todo cuanto sabia, quiero decir, lo que debió realmente manifestarle: que deseaba ser tambien el vecino mas próximo de su corazón.

—¡Oh! No puedeis quejaros de eso, repuso de Fano, su amigo ha llenado cumplidamente su deber, y con toda la caballerosidad que le distingue. Así es que no dudó le habrá indicado el honor que yo tendria en saludaros por hijo mio.

Poco faltó para que el señor de Laure cayese á los pies de su interlocutor al oír de su boca tan halagüeñas palabras, y quizá hubiera así sucedido, á no presentarse en esto su encantadora hija á besarle la mano.

¿Que mas hemos de referir al lector? El caldeo lo habia

dispuesto todo tan bien, que María era ya sabedora de las riquezas del Rubio y de su próxima llegada á Albi. Su padre, habiendo quedado casi inútil para el servicio de las armas, se habia retirado de la carrera del honor y de la gloria, y no poseyendo sino un módico patrimonio, estaba muy contento de tener un yerno tan rico. Parecia pues que el milagroso caldeo habia comprado la finca de Laure, solo con ánimo de plantar al enamorado Rubio junto á la hermosa María y el general de Fano.

¿A qué contar que el señor de Laure fué proclamado en el convite novio de María; que entró en compañía de ella y de su padre en el palacio; que la boda fué brillante; pero que L' Blond no encontró sin embargo nada de mas brillo que las lágrimas de gozo que corrieron por las tersas mejillas de su ídolo cuando en traje de boda, y aprovechando un fugaz minuto de soledad, se arrojó en sus brazos y le dijo con voz capaz de enternecer las piedras:—*Io amo*; que él contestó enagenado de gozo:—*Tu ama*, y cayó de rodillas á los pies de su diosa radiante de alegría?

—*Egli ama*, exclamó ella estasiada, tendiéndole sus débiles brazos para levantarle.—*Noi amamo*, repitieron entrambos con voz apenas perceptible, y no se dejó ya oír ninguna otra palabra.

FIN.

ESPOSICION UNIVERSAL.

Objetos varios.

CHIMENEA DE MALAQUITA.

Ya hemos reseñado en este mismo número las obras presentadas en la Esposicion por el príncipe Demidoff, obras que son un verdadero acontecimiento mineralógico y artístico, supuesto que son superiores á cuantas se han espuesto, así por su riqueza, como por la primera materia de que se componen. Entre ellas ocupa distinguido lugar la chimenea de malaquita al estilo de Luis XV, primorosamente adornada. Todas las figuras están rodeadas de arabescos y de guirnalda de oro molido: á cada lado del fogen se ve una Venus recostada sobre adornos del mismo metal precioso, y encima de la chimenea hay un reloj, tambien de malaquita, y sobre é luna escena de marina, dorada por el procedimiento que acabamos de indicar, es decir, con oro molido.

Como no bastan las palabras para espresar el efecto maravilloso que produce la vista de esta magnífica obra, nada podemos añadir en su elogio. Nos equivocamos: falta decir su valor y con esto se tendrá una idea de la importancia del objeto: se ha tasado pues en 160,000 reales; la elocuencia de esta cifra nos dispensa de otras observaciones.

SILLAS Y SILLON.

Estos tres objetos forman parte de la coleccion de muebles que con tanto acierto se colocó en el departamento destinado al Austria.

Cuantos han visitado el palacio de Hyde-Park deben recordar el magnífico salon de M. Leistler, en medio del cual se encontraba una hermosísima fuente, que arrojaba agua de Colombia. Todo el elogio del sillón y de las sillas, cuyos grabados ofrecemos, se reasume en el nombre del artista que las ha ejecutado.

VASO ESCULPIDO EN PIEDRA POR M. RONNA, DE MALTA.

El conjunto de este trabajo es muy bello, aunque ha sido bastante criticado: el pedestal, segun el juicio de algunos inteligentes, es demasiado corto y al mismo tiempo muy pesado. Tambien se ha censurado el asa, suponiendo que carece de gracia, pero el hecho es que ha agradado muchísimo toda la pieza á cuantos la han visto, pues sus pormenores estan ejecutados con una finura y delicadeza esquisitas.

CANDELABRO Y JARRONES DE PLATA CINCELADA.

Estos tres objetos componen un magnífico adorno de chimenea, cuyos asuntos estan destinados á perpetuar algun hecho de armas de una familia ilustre. Los trajes indios son de una gran verdad, y las plantas acuáticas que forman los jarrones, merecen mencion especial por la maestría y buen gusto con que se hallan ejecutadas.

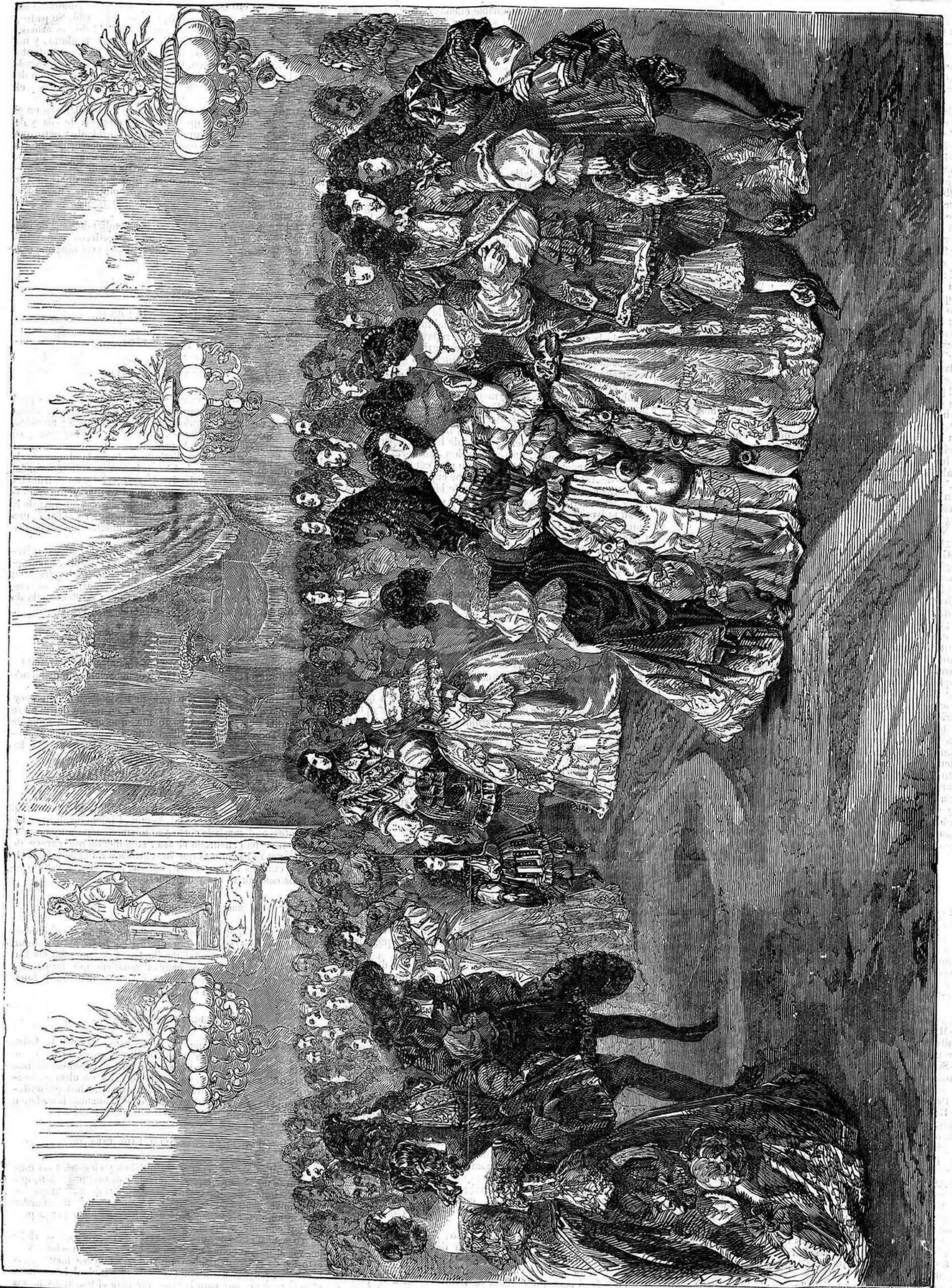
BUFETE DE MADERA ESCULPIDA.

Esta es una de las mejores obras espuestas por M. Leistler, cuya casa, como ya hemos dicho, dispuso en la parte austriaca del Palacio de Cristal un verdadero salon, en que brillaban magníficas piezas de ebanistería y esculturas, salidas de sus establecimientos. El escritorio que hoy presentamos ocupaba el primer lugar entre ellas, llamando la atencion por su gran mérito artístico.

SERVICIO DE PLATA CINCELADA PARA TÉ.

Esta obra es de un aspecto riquísimo y elegante: las cinceladuras no se han empleado en ella con una profusion, que hubiera impedido apreciar toda su delicadeza, aunque es fácil convenir en que las asas, por su desnudez, no guardan proporcion con el resto de los adornos, notables por la perfeccion con que están imitadas las hojas.

Otra observacion puede hacerse acerca de este servicio; los vasos que lo componen tienen muy poca elevacion, y si esto les da la inapreciable ventaja de sostenerse bien en las bandejas, perjudica sin embargo á la elegancia del conjunto. Siendo mas propias para la vista que para el uso unas piezas de tanto mérito y valor, los que las ejecutan debieran, en nuestro juicio, desatender algo la utilidad para ocuparse únicamente del arte.



Gran baile de trajes de la Reina de Inglaterra.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.